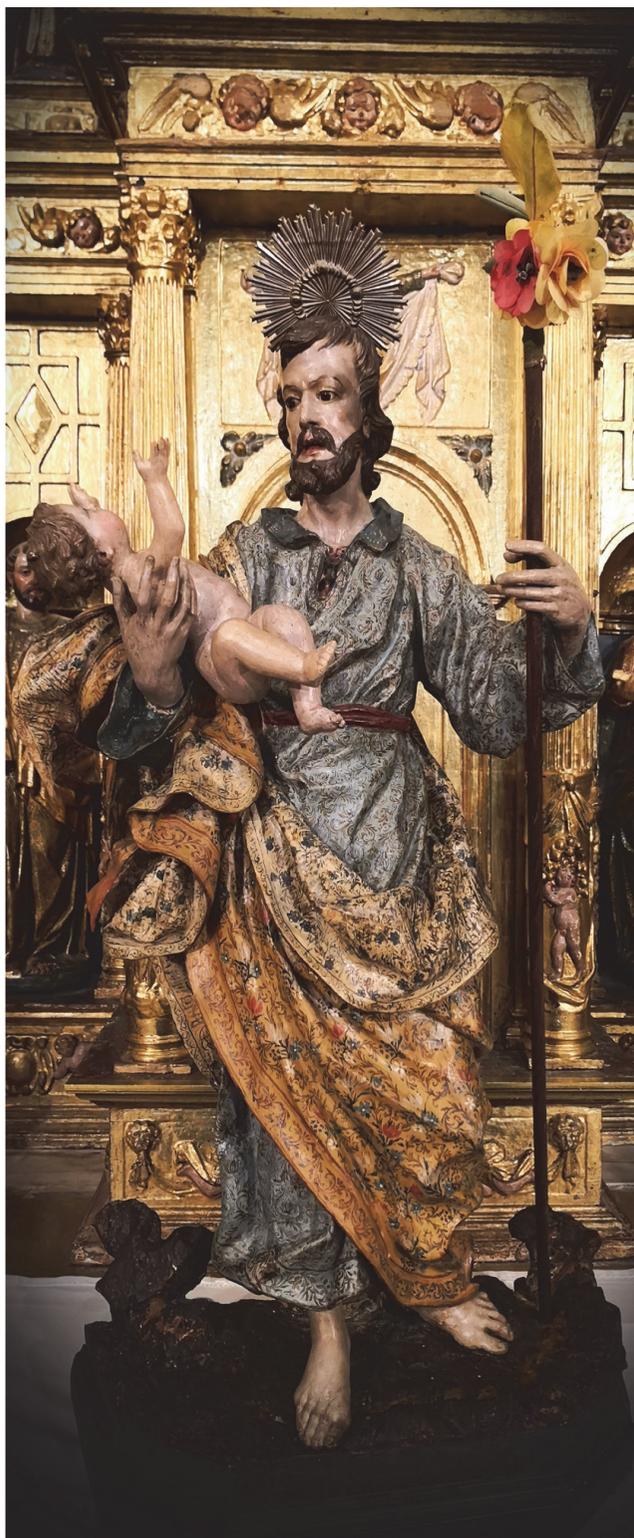


BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE CUENCA



Núm. 1 2021
Enero - Abril

Director: *D. Pedro José Ruiz Soria*
Tfno.: 969 241 904 - Fax: 969 241 902

Edita: *Obispado de Cuenca*
c/. Obispo Valero, 1
Tfno.: 969 241 900

Imprime: *Imprenta Aranda*
Tfno. y Fax: 969 224 959
16001 Cuenca

Imagen portada: *San José. Francisco Salzillo. S.XVIII. Colegiata de San Bartolomé,
Belmonte (Cuenca).*

Depósito Legal: CU-3-1958

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO

DE

CUENCA



Núm. 1

Enero-Abril - Año 2021



Obispado de Cuenca

— SUMARIO —

Iglesia Diocesana

Página

SR. OBISPO

1. HOMILÍAS:

• Solemnidad de San Julián de Cuenca. 28/01/2021	7
• Solemnidad de San José. Colación de Ministerios. 19/03/2021	10
• Domingo de Ramos. 28/03/2021	13
• Misa Crismal. 31/03/2021	15
• Misa de la Cena del Señor. Jueves Santo. 01/04/2021	18
• Celebración de la Pasión del Señor. Viernes Santo. 02/04/2021	20
• Vigilia Pascual. 03/04/2021	23
• Domingo de Resurrección. 04/04/2021	25
• II Domingo de Pascua. 11/04/2021	28

2. CARTAS Y COMUNICADOS

2.1. Radiomensajes desde la Cadena COPE 2021

• Radiomensaje de 1 de enero de 2021	31
• Radiomensaje de 8 de enero de 2021	32
• Radiomensaje de 15 de enero de 2021	34
• Radiomensaje de 22 de enero de 2021	36
• Radiomensaje de 29 de enero de 2021	37
• Radiomensaje de 5 de febrero de 2021	39
• Radiomensaje de 12 de febrero de 2021	41
• Radiomensaje de 19 de febrero de 2021	42
• Radiomensaje de 26 de febrero de 2021	44
• Radiomensaje de 5 de marzo de 2021	46
• Radiomensaje de 12 de marzo de 2021	47
• Radiomensaje de 19 de marzo de 2021	49

• Radiomensaje de 26 de marzo de 2021	51
• Radiomensaje de 9 de abril de 2021	52
• Radiomensaje de 16 de abril de 2021	54
• Radiomensaje de 23 de abril de 2021	55
• Radiomensaje de 30 de abril de 2021	57
2. 2. Entrevistas	
• Entrevista Cope. 17/02/2021	60
• Entrevista La Tribuna de Cuenca. 25/02/2021	62
3. AGENDA SR. OBISPO	
• Mes de enero	67
• Mes de febrero	68
• Mes de marzo	69
• Mes de abril	71

CURIA DIOCESANA

I. CANCELLERÍA

1.- Decretos	73
2.- Asociaciones	76
3.- Presbíteros	
3.1. Nombramientos	77
3.2. Defunciones	77
4.- Cáritas Diocesana	78
5.- Órdenes y Ministerios	78

II. VICARÍA JUDICIAL

• Nulidad matrimonial Garrido-Priego	79
--	----

III. VIDA DIOCESANA

• Oración ecuménica junto a la comunidad ortodoxa de Cuenca. 23/01/2021	80
• Comunicado de la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Cuenca: Suspensión de las procesiones de la Semana	

Santa de Cuenca de 2021 por la COVID-19. 26/01/2021	80
• Actos con motivo de la festividad de San Julián, patrón de la ciudad y la Diócesis de Cuenca. 28/01/2021	81
• Nombramiento del nuevo Director de Cáritas Diocesana de Cuenca. 30/01/2021	82
• XV Aniversario de la Consagración Episcopal de Monseñor José María Yanguas. 25/02/2021	83
• Elecciones del Cabildo de la Catedral de Cuenca. 06/03/2021	83
• Los seminaristas de Cuenca protagonistas del cartel del Día del Seminario 2021. 19/03/2021	84
• Retiro para matrimonios del Proyecto Amor Conyugal en Cuenca. 9-11/04/2021	85
• Inauguración de la exposición “Procesión 2021: Homenaje a la Semana Santa de España”. 24/04/2021	85
In memoriam:	
• Rvdo. Sr. D. César Arcas Sanz. 31/01/2021	86
• Rvdo. Sr. D. Lorenzo Arellano Toledo. 21/02/2021	88
• Rvdo. Sr. D. José Luis Benito Huete. 31/03/2021	89



Iglesia Diocesana

SR. OBISPO

1. Homilias.

Solemnidad de San Julián de Cuenca.

Catedral. Cuenca.

28/01/2021.

Queridos sacerdotes concelebrantes, autoridades, queridos fieles todos:

Este año celebramos la fiesta de nuestro Patrono San Julián en unas circunstancias especiales que nos obligan a hacerlo poniendo especial cuidado en observar las medidas dictadas por las autoridades sanitarias. Por eso, aunque no solo por ello, es una celebración teñida de cierta nostalgia, dominada por la sensación de ausencia de quienes otros años nos han acompañado, y entristecida por el dolor de tantas personas amigas y de familias muy cercanas. Quiera el Señor, así lo pedimos hoy por la intercesión de san Julián, nuestro Patrono, que pase este difícil tiempo y pronto todos podamos tener a disposición remedios eficaces para vencer la pandemia.

El Concilio Vaticano II nos enseñó a los cristianos, y a cuantos quieren dejarse iluminar por la luz de sus enseñanzas, que hemos de saber interpretar

las señales de los tiempos. Dios Nuestro Señor acompaña a los hombres en la historia y nos habla de numerosas maneras: con hechos y con palabras, en los acontecimientos, a través de las personas, por medio de hombres sabios, de los padres y maestros; habla de manera particular en el interior de cada uno, en la propia conciencia; y habla, sobre todo, por medio de Jesucristo que es su Palabra, recogida en el Evangelio y transmitida por la Iglesia.

Dios habla a los hombres, aunque nosotros no siempre escuchemos su Palabra, distraídos como estamos en mil ocupaciones, ensordecidos por tantos y tan contradictorios discursos, atentos a demasiados reclamos que nos impiden escuchar al Dios que, generalmente, nos habla no a voces, sino susurrando sus palabras en nuestros oídos. Y, o no logramos oírle, o pasamos por alto sus mensajes.

Seguramente somos muchos los que nos hemos preguntado en algún momento por el significado de la pandemia. ¿Es una "palabra" que Dios nos dirige, cuyo significado no alcanzamos a descifrar? ¿O se trata de un fenómeno carente de significado? ¿Simple suceso, acontecimiento vacío de mensaje, de contenido? ¿Nada nos dice y nadie nos habla en él? Pero entonces este, y otros hechos, resultan incomprensibles, y no es razonable hacerse preguntas sobre ellos. Incomprensibles, puesto que solo las "palabras", los gestos o los signos -también ellos "palabra"-, son trasmisores de significado, y, por tanto, interpretables.

¿La pandemia es uno de esos fenómenos que hemos de renunciar a leer, a interpretar? No, desde luego; de hecho, son muchas las personas que han leído y descubierto significados, de mayor o menos calado, en esta realidad que nos anonada, que nos desconcierta y nos llena de sorpresa, al no tener en nuestras manos dominarla a voluntad. Pero esto constituye, quizás, una primera enseñanza: estamos lejos de ser señores, sin más, del universo. Las cosas no ocurren porque así las queramos, suceden a veces en contra de nuestra voluntad. Son muchas las realidades que nos anonadan, que nos humillan, que doblan el orgullo y la soberbia de los hombres que una y otra vez piensan poder construir torres de Babel que les hacen creer que poseen un poder absoluto; que puede realmente llegar a ser como Dios. Pero esta es la gran mentira que resuena desde los orígenes del mundo y está en la raíz de todo pecado. El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, sucumbe fácilmente a la tentación de creerse Dios, de hacer de su voluntad ley; se engaña con la ilusión de que todo está bajo sus pies, y olvida la sencilla verdad que Pablo nos recuerda crudamente: nada tienes que no hayas recibido; y entonces, qué razón hay para tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado (cfr. 1 Cor 4, 7).

Este es el significado que muchos han descubierto en la pandemia entendida como “palabra” que nos es dicha, como mensaje que hemos de saber descifrar: una llamada a la humildad, un redescubrimiento de nuestra fragilidad, de nuestra condición de creaturas que nos lleva a la adoración, al reconocimiento de alguien que está por encima de nosotros, de una Sabiduría que no es humana y que “conoce y entiende todas las cosas”, la Sabiduría de quien las ha hecho todas y conoce, por tanto, su verdad.

¿Será un castigo de Dios? ¿Es ese el significado de la pandemia? No sería prudente dar una respuesta demasiado rápida. Necesitaríamos un profeta que supiera leer con certeza y descubrir el significado de este fenómeno. No todos admiten ciertamente que se trate de algo que tiene un significado para nosotros; una palabra que Dios dirige al mundo. Pero para un cristiano resulta difícil olvidar lo que Jesús dice a todos: “Cuando veis subir una nube por el poniente decís enseguida: Va a caer un aguacero. Cuando sopla el sur decís: Va a hacer bochorno, y sucede. Hipócritas, concluye, sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, pues ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente?” (Lc 12, 54-57).

Pero que nadie piense en un Dios vengador, justiciero, rencoroso o resentido; para ello basta recordar las solemnes palabras de Jesús: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante” (Jn 10, 10), o las que Dios pone en boca del profeta Ezequiel: “Yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que se convierta y viva” (33, 11). Por su parte, la carta a los Hebreos, citando el libro de los Proverbios (3, 11-12), explica con gran exactitud el modo de proceder, duro a veces, de Dios con los hombres: “Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos (...) Dios os trata como hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos?” (12, 5-8). El término griego *paideía* significa a la vez educación, instrucción, corrección o castigo. Para la Escritura, lo que los hombres llamamos castigo de Dios es en realidad ejercicio privilegiado de la paternidad divina. Qué lejos está este modo de pensar del habitual hoy entre nosotros, donde cualquier castigo tiene un sentido negativo y es visto como una modalidad de la venganza o un instrumento para descargar nuestra ira. En el caso de Dios no es así. La razón, el *logos*, de la corrección divina es bien distinto. Lo señala con precisión el libro del Apocalipsis: “Yo a los que amo, los reprendo y corrijo. Se pues ferviente y arrepiéntete” (3, 19). La reprensión, corrección o castigo de Dios tiene su causa y razón de ser en el amor: a los que amo, dice, Dios, los reprendo, para su bien, para que se conviertan. Es lo que de otro modo dice el Evangelio al hablar de la vid y los sarmientos: el labrador la poda, la

castiga, la hiere, podríamos decir, para que dé fruto, más fruto aún (cfr. *Jn 15, 2*). La corrección es, pues, un signo del amor de Dios que mediante el castigo mueve a la conversión; busca solo el bien del hombre.

A través de las circunstancias actuales, Dios nos llama a la conversión. Sería una lectura completamente inadecuada de las mismas pensar que las víctimas son culpables de pecado y que quienes no padecen la pandemia son, por el contrario, inocentes. Que nuestra sociedad, no solo cada uno de nosotros, necesita una honda conversión a la que nos invitan las actuales circunstancias, arroja un rayo de luz en la obscuridad de estos momentos.

A San Julián acudimos para que nos alcance de Dios nuestro Señor la luz que ilumine el misterio del sufrimiento humano, y para que como Patrono de nuestra diócesis interceda por nosotros y nos libre del mal que nos amenaza. Amén.

Solemnidad de San José. Colación de Ministerios.

Parroquia San Esteban, Cuenca.

19/03/2021.

Queridos concelebrantes, un saludo particular para mi hermano en el episcopado, Nuncio Apostólico en Ecuador, Mons. Andrés Carrascosa; familiares y amigos de los que van a ser instituidos Lectores y Acólitos, queridos Francisco, Carlos, César y Felipe.

La Iglesia santa de Dios celebra hoy con gozo la solemnidad de San José, esposo de la bienaventurada Virgen María. Este es el título que, según la Iglesia, identifica al santo Patriarca entre los santos del cielo. El prefacio de la Misa de hoy, al elevar su canto de acción de gracias a Dios nuestro Señor por los dones que de Él recibimos, lo centra en la figura de José, "el hombre justo, dice, que diste por esposo a la Virgen Madre de Dios; el servidor fiel y prudente que pusiste al frente de tu familia, para que, haciendo las veces de padre, cuidara a tu Unigénito, concebido por obra del Espíritu Santo". Esposo de María, Padre según la ley y custodio de Jesús: estos son sus títulos, la tarjeta de presentación de José. Su dignidad de antiguo patriarca le viene, pues, de otros; no la tiene propiamente por sí mismo; la recibe de la misión que Dios le ha confiado. Es la dignidad del siervo al que su Señor ha hecho amigo; el siervo que con el trato con su Señor ha ido adquiriendo algo de su mismo señorío.

José fue el hombre discreto, callado, silencioso –no oímos ni una sola palabra salida de sus labios-, pero eficaz; el “hombre de confianza” de Dios, en el que puedes descansar, de quien te puedes fiar; le puedes encargar lo que sea, seguro de que no te fallará; quizás no podemos decir de él que es un hombre brillante, ni que destaque por cualidades vistosas; pero es el hombre que está cuando se le necesita, sin llamar la atención ni ocupar primeros planos, sin hacerse notar; no dice nada: está atento, pronto; actúa, secunda, obedece. Siempre está, aunque parezca no estar. Hace en cada momento lo que debe y lo que se espera que haga. Este es José.

El Evangelio no necesita de muchos trazos para definir su personalidad. Lo hemos escuchado en la conclusión del pasaje del Evangelio que ha sido proclamado: “hizo lo que le había mandado el ángel de Señor”. Sencillamente, ni más ni menos. Lo que le había mandado el ángel. Obedece. Y no debió de serle para nada fácil: porque el hecho de ser un hombre justo no significa en absoluto que le resultara sencillo tomar una decisión tan dolorosa como la que pensó que debía adoptar: escucha dentro de sí lo que debe hacer y decide repudiar a su esposa en secreto, evitando así difamarla. No entiende, nada; sabe de la santidad de María, pero, a la vez, las cosas hablan por sí solas. No pierde la paz, no se angustia. Decide sencillamente salir de la escena, una escena que parece sobrepasarle. Más tarde quizás tampoco entiende que deba ir hasta Belén para el censo, estando María a punto de dar a luz. Ni que se vea forzado a encontrar descanso en un refugio de pastores y ver nacer a Jesús en un pesebre. Ni que, fruto de la locura de Herodes, tenga que huir a un país extranjero como un emigrante o un refugiado más. Ni que a la vuelta de Egipto no pueda establecerse en Judea, sino que deba habitar en Nazaret de Galilea. José obedece siempre, sin importarle conocer la voluntad de Dios en sueños inciertos. Obedece sin preguntas innecesarias; sin pretextar dificultades por reales que estas sean; sin objetar el propio punto de vista, la opinión o parecer personal siempre cargado de razón; sin examinar si su parecer coincide con lo que se le manda. Obedece. ¡Qué bien se pueden aplicar a José las palabras con que María se rinde al querer de Dios! Todo lo que tenía que hacer era cumplir el designio de su Señor. Recibió una tarea y la ejecutó a la perfección, sin dilaciones, sin resistencias, fidelísimamente. José el siervo bueno y fiel. Bien pudo decir al término de sus días: misión cumplida.

José puso su entera existencia a disposición de Dios, sin reservarse nada. No cedió a esa tentación de que habla el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*, que “lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad” (n. 76). No, el hombre fiel y solícito sabe o intuye que su ser se confunde con su misión, con la tarea que

Dios le ha encomendado. El sentido de misión invade su entera existencia. José, como María, vivió para la misión recibida. Esa fue su vida. ¡Cuánto que aprender cada uno de nosotros!

Queridos Carlos, Francisco, Felipe y César:

Como el Papa Francisco ha recordado recientemente, los ministerios son las diversas formas que adoptan las gracias, los carismas, cuando la Iglesia los reconoce y se ponen a disposición de la comunidad y de su misión de forma estable. No nos podemos detener a glosar esta afirmación rica de contenido. Vais a ser instituidos como Lectores y Acólitos mediante un sencillo rito litúrgico, después de un camino de preparación que coincide fundamentalmente con el que estáis recorriendo en vuestra preparación para el diaconado y sacerdocio que, junto con el episcopado, son los otros ministerios que denominamos "ordenados"; así son llamados porque se confieren mediante el sacramento del Orden sagrado. Los "ministerios instituidos", o laicales, suponen el Bautismo por el que participamos en el sacerdocio de Cristo. Esta participación que denominamos "sacerdocio común" es una participación verdadera en el sacerdocio de Cristo, aunque esencialmente distinta de la que se inaugura con el sacerdocio ordenado que configura con Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia. Una y otra participación en el único sacerdocio de Cristo deben contribuir al bien de las comunidades cristianas y a la misión confiada a todos los discípulos de Jesús. De ahí la necesaria articulación de sacerdocio común y ordenado, pues nacen de la misma fuente y tienden al mismo fin: hacer de Cristo "el corazón del mundo", como dice Francisco.

Sabéis bien que la Iglesia ha configurado dos ministerios laicales: lectorado y acolitado, aunque nada impide que pueda haber otros. El primero de ellos está vinculado con el ministerio de la Palabra, el segundo con el del Altar. Queridos Felipe y César dentro de un momento os haré entrega de las Sagradas Escrituras mientras digo: "Recibe el libro de la Sagrada Escritura"; recíbelo no sólo físicamente; recíbelo, acógelo como un tesoro; abrázalo como un bien precioso; deja que te habite la palabra de Dios; que sea luz para tu caminar, fundamento de tu sabiduría, consejo seguro para ti y para los demás. Léela, conócela, ahonda en su inagotable riqueza, medítala cada día. "Trasmite fielmente la Palabra de Dios": la Palabra de Dios, viva, eficaz, que no pasa nunca: todo pasará, pero no su Palabra. La tuya es palabra flaca, insegura, torpe, acechada por el error y la debilidad. La Palabra de Dios permanece. Hazla tuya y anúnciala, trasmítela fielmente para que sea viva y eficaz en el interior de los hombres. Deposítala en sus corazones para que sea alimento y rocío en sus corazones.

Queridos Francisco y Carlos, enseguida os entregaré el pan para la Eucaristía. La cercanía al Altar, el servicio inmediato al mismo debe moveros a vivir de tal manera que podáis servir dignamente a la mesa del Señor y a la Iglesia. ¿Cómo? Creciendo constantemente en la fe y en el amor para la edificación de la Iglesia. Ojalá podáis decir las mismas palabras que Jesús dirigía al Padre en la última cena: "Por ellos me santifico". Tarea vuestra es la propia santificación..., por la Iglesia, por los hermanos, para su edificación. Amor a la Eucaristía, conciencia del misterio, adoración rendida al sacramento de la fe y del amor de Dios, que "se trasmite" y se "contagie" al pueblo cristiano. Amor a la Palabra, amor a la Eucaristía, eso pido hoy al santo Patriarca para vosotros y para toda la Iglesia. Y más vocaciones. Amén.

Domingo de Ramos.

Catedral. Cuenca.

28/03/2021.

Con el Domingo de Ramos inicia la Semana Santa, días en los que celebraremos los principales misterios de Nuestro Señor Jesucristo: su Pasión, Muerte y Resurrección; con ellos se da cumplimiento a lo que Dios había prometido por boca de los santos profetas y aún mucho antes, ya en el Paraíso: la descendencia de la mujer, de la nueva Eva, "te aplastará la cabeza", tal como había anunciado Dios en el paraíso, como antídoto eficazísimo al pecado cometido por los padres del género humano.

En este domingo conmemoramos la entrada triunfal de Jesús en la ciudad santa, donde, días después, se habrá de consumir la obra de la Redención. Hoy, en el momento en que tiene lugar la bendición que da paso a la Procesión con los Ramos, leemos el evangelio de san Marcos que narra el conocido episodio de la vida de Jesús: sobre un pollino que nadie había montado antes, enjaneado con los mantos de los discípulos, se acerca a Jerusalén caminando sobre los que otros muchos habían extendido por el recorrido, Jesús es rodeado por hombres y mujeres con ramos en sus manos cortados en el campo, vitoreado por ellos que lo celebran como el hijo de David, rey de reyes, y lo glorifican gritando: ¡Hosanna en la alturas!

Esta es la escena que nos cuentan los evangelistas al inicio de la celebración. Jesús aclamado, homenajeado por la multitud, entra en Jerusalén como rey de paz, entre ramos verdes de olivo que recuerdan la rama verde con la que regresó al arca la paloma que Noé había soltado, anunciando que

la tierra anegada por las aguas era ya habitable. Jesús entra en la ciudad santa anunciando la paz de Dios con los hombres, la paz lograda con su muerte en la Cruz, con la sangre derramada que purifica el mundo, lo limpia del pecado y de la muerte. La paz lograda con su entrega a la voluntad del Padre. Para enseñarnos que sólo así se alcanza verdaderamente la paz auténtica y duradera. Si queremos la paz personal, familiar, social, no hay otro camino que el de la entrega, el del amor, el de la fraternidad y la amistad social, de que nos habla con tanta fuerza el Papa en su encíclica *Fratelli tutti*. Sólo siguiendo los pasos de Cristo que muere sobre la Cruz por todos los hombres, que los ama hasta la muerte, sin hacer distinciones entre ellos, sólo así alcanzaremos la deseada paz. Esta es la vida cristiana, la vida según Cristo, "una forma de vida con sabor a Evangelio", forjada en la celebración de la Eucaristía, el pan sagrado que se parte y se dona gratuitamente. Hombres y mujeres de paz, pacíficos, que construyen lazos, vínculos de amistad, de amor a los demás, de una caridad "que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite" (*Fratelli tutti*, 1). Cristo, rey de paz.

Después, ya en el Evangelio de la Misa hemos escuchado en silencio, con el respeto y la honda conmoción de siempre, la narración de la Pasión del Señor. En la oración colecta hemos pedido al Dios todopoderoso y eterno que "nos conceda aprender las enseñanzas de la Pasión". Una de esas enseñanzas tiene que ver con la fidelidad. En una misma celebración hemos pasado de la alegría de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén al dolor ante los hechos narrados en su Pasión, en la que es condenado injustamente en lugar nuestro y en la que el Justo de Dios padece por nosotros, hombres y mujeres impíos. Jesús que ha venido para redimirnos y reconciliarnos con el Padre haciendo posible nuestra felicidad eterna, no se desvía un milímetro del designo fijado por el Padre: lo cumple fidelísimamente, hasta beber las heces del amargo cáliz de la Pasión. Y por contraste, la infidelidad del pueblo de Dios, de los príncipes, de los sacerdotes, de los sabios escribas, de los observantes fariseos, de los apóstoles, ¡de todos!

Frente a la fidelidad de Dios a sus promesas, aun a costa de la muerte de su Hijo, la infidelidad nuestra a veces por una bagatela, por una nonada, por un momento de placer, por la sinrazón de nuestra envidia, por el odio no reprimido, por una ambición que no se logra saciar, por el insensato afán de poder y de dominio, por la comodidad cobarde que rehúye el cumplimiento del propio deber, por la vergüenza de ser tildado de hombre religioso.

Preguntémonos hoy: ¿qué hago por poner paz en mí, en la familia, los

amigos, en la sociedad? ¿Soy un hombre de paz que comprende, disculpa, perdona, mira a todos con respeto, reconoce la dignidad de todo hombre, aun del pecador, o del que no comparte mis ideas, mi modo de ver las cosas, mis soluciones a los problemas? ¿Lucho, domino mi prepotencia, mi deseo de prevalecer siempre y en todo? La segunda pregunta que podemos formularnos: ¿cuánto es de robusta mi fidelidad a Dios Nuestro Señor? ¿Se quiebra ante los obstáculos y las dificultades, los reveses, los fracasos? ¿Confío en Dios pase lo que pase en mi vida? Son lecciones que podemos proponernos para aprender en esta Semana Santa.

Misa Crismal.

Catedral. Cuenca.

31/03/2021.

Cuando nos disponemos a celebrar el solemne Triduo Pascual en que haremos memoria de los misterios centrales de nuestra fe, la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, el pueblo de Dios se reúne en esta solemne concelebración; en ella será consagrado el Santo Crisma y serán bendecidos el Óleo para ungir a los catecúmenos y el Óleo con el que la Iglesia ungirá los cuerpos dolientes de los enfermos y los preparará para el ingreso en la Jerusalén del cielo.

La liturgia de hoy nos hace presente que somos un pueblo ungido por el Señor, pueblo de consagrados, un pueblo para Dios y para el mundo. Así nos lo recuerda el texto del Apocalipsis que hemos leído hace un momento: "Al que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre. A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos" (Ap 1, 5-6). En la oración sobre las ofrendas, la liturgia guía nuestra plegaria en la que pedimos que la eficacia de este sacrificio *nos purifique* de la vieja condición de pecado y *acreciente* en nosotros la *vida nueva y la salvación*. Más tarde en la oración de la poscomunió, imploraremos ser en el mundo buen olor de Cristo. Todos, todo el pueblo sacerdotal, el pueblo consagrado a Dios, difundiendo el buen olor de Cristo que habita en nosotros y actúa misteriosamente a través nuestro, como si fuésemos sacramento suyo, que lo hace presente y actúa con la virtud de nuestro testimonio. Sacerdotes de la propia existencia, una existencia trasformada por el sacramento que cambia el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre. Sacramentos de Cristo para la vida del mundo, pan y vino, vida humana trasformada en Cristo. Pobre vida la de cada uno, pero materia trasformada en la que se

hace presente el Señor para continuar y cumplir su misma misión: la salvación del mundo.

Hemos escuchado decir a Isaías: "El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, curar los corazones desgarrados, proclamar amnistía a los cautivos, y a los presos la libertad". Conciencia de criaturas llenas de su Espíritu, que "está sobre nosotros"; de ser ungidos, penetrados, impregnados de su Espíritu para la misión de embajadores de la buena noticia del amor salvador de Dios, médicos de toda dolencia y enfermedad, pregoneros de la gran amnistía de nuestros pecados, profetas de libertad. Consagrados con el crisma de la continua y permanente renovación del amor primero que nos llevó a las aguas bautismales, convertidos por él en templos de Dios, lugar de su habitación entre los hombres. Exhalando el buen olor de nuestra vida santa, vivamos según la nueva condición de reyes, sacerdotes y profetas. Es bueno que todos nos preguntemos hoy si nuestra vida exhala ese buen olor de Cristo, si crecemos en santidad de vida, si somos profetas del Reino, apóstoles conscientes del mandato que Cristo nos dirige a cada uno.

La concelebración de ese día manifiesta la unidad del sacerdocio y de todo el pueblo de Dios; es el sacrificio que ofrece la Iglesia estructurada jerárquicamente. El pueblo cristiano es un pueblo de ungidos con el Espíritu del Señor, de poseídos por Dios, conquistados y liberados por Él; a él pertenecemos ¡todos!

Es cierto que quienes hemos recibido el sacramento del Orden sagrado hemos sido nuevamente ungidos con el Crisma que nos ha configurado de modo particular con el Señor. Realizamos acciones en las que nuestro yo se confunde con el de Cristo: "Yo te bautizo", "yo te absuelvo", "esto es mi cuerpo", decimos, y no podemos hacerlo sin estremecimiento a menos que uno sea un insensato. Por eso, deseo recordar, primero: "Quien puede poner en su boca el yo de Jesucristo, es necesario que crea en Él. El sacerdote tiene que ser una *persona creyente*" (Benedicto XVI). En segundo lugar: El sacerdote tiene que tener la valentía, el coraje, de luchar por ser plenamente lo que es, por "hacer profesión de lo que es", por encarnar la alternativa cristiana al modo mundano de vivir: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal". Vivimos en el mundo, pero no siguiendo el modelo mundano de vida. En tercer lugar: El Orden sagrado nos ha hecho a semejanza de Cristo, Cabeza, Pastor, Esposo del pueblo cristiano. Pastores, no jornaleros que esperan a que termine su horario, breve o amplio que sea, para dedicarse a sus cosas, a lo que verdaderamente tiene interés para ellos. Como ha dicho

el Papa Francisco: no podemos ser pastores para quienes vocación y vida son cosas distintas, yuxtapuestas; para nosotros ser sacerdotes es nuestra vida, no nuestra profesión, a la que dedicamos un tiempo por el que recibimos un salario. ¿Nos comportamos como pastores o sucumbimos al espíritu del asalariado? ¿Es la entrega, el servicio, lo que define nuestro estilo de vida? Las palabras del Apóstol a los Gálatas: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (2, 20), pueden ayudarnos en nuestro examen.

Queridos hermanos sacerdotes: Hoy renovamos solemnemente nuestra promesa de llevar adelante una vida genuinamente sacerdotal, renunciando a nosotros mismos y cumpliendo los deberes sacerdotales que, por amor de Cristo, aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación. Renovemos delante de Dios la promesa de ser fieles dispensadores de los misterios divinos y de desempeñar fielmente el ministerio de la predicación, movidos sólo por el bien de las almas. Renovamos estas promesas delante del pueblo cristiano, implorando sus oraciones, conscientes de que necesitamos ser sostenidos por aquellos mismos a quienes sostenemos con nuestro ministerio. Y sostengámonos unos a otros con la oración, como miembros de un único *corpus* u *ordo* sacerdotal. No carece de importancia práctica considerar que no es posible existir como sacerdote al margen del presbiterio, desligado, desvinculado de los demás, del cuerpo sacerdotal, en un empobrecedor aislamiento; somos sacerdotes con los demás, dentro de un presbiterio y sólo dentro de él. Os invito a considerarlo serenamente. ¿Vivo y me comporto como miembro de la familia presbiteral? ¿Hago propios los intereses y propósitos, planes y líneas de acción del arciprestazgo y de la diócesis? ¿Veo hermanos en los demás sacerdotes y procuro tratarlos como tales? ¿Deserto los encuentros sacerdotales sin verdadero motivo? ¿Vivo la alegría de ser miembro de este presbiterio diocesano?

Pidamos unos por otros. Yo lo hago añadiendo a la oración mi gratitud por vuestra entrega y generoso servicio en este difícil momento en que vivimos.

Nos asisten la Madre de Dios, Nuestra Señora de las Angustias, San José, custodio de la Iglesia universal, y San Julián, Patrono y protector de nuestra Iglesia de Cuenca. Amén.

Misa de la Cena del Señor. Jueves Santo.

Catedral. Cuenca.

01/04/2021.

Queridos hermanos:

En esta tarde de Jueves Santo celebramos la *Misa in coena Domini*, en la que los cristianos contemplamos, veneramos y agradecemos, tres grandes misterios de nuestra fe. En efecto, hoy conmemoramos, en primer lugar, la institución de la Sagrada Eucaristía. Gracias a este Santísimo Sacramento podemos hacer, en memoria suya, lo mismo que Él realizó aquella tarde-noche inolvidable para los Apóstoles y para toda la Iglesia. "Haced esto en memoria mía", un deseo y un mandato a la vez. Jesús instituye el sacramento, el ritual gracias al cual se actualizará para bien de toda la humanidad la nueva Alianza en su sangre. Cada vez que se celebra la Eucaristía se hace actual, se representa de manera incruenta el sacrificio cruento de Jesús en la Cruz, la ofrenda al Padre del Cordero sin mancha, en cuya sangre son lavados los pecados de los hombres.

En cada Misa, se celebra el memorial de la muerte salvadora del Señor. Sabemos bien que "memorial" no es un simple ejercicio de memoria, que no es mero recuerdo, sino actualización del misterio que se celebra en el rito litúrgico. El hecho salvífico se cumple hoy en medio de nosotros; así continúa el Señor la historia de la salvación. La salvación, más, el mismo acto salvador, se hace actual de manera misteriosa en la Iglesia. Es el "sacramento de nuestra fe", como proclamamos cada vez que se celebra la Eucaristía.

Sabemos de los profundos lazos que vinculan la Pascua judía con la Pascua cristiana. Permitidme recordar brevemente algunos de ellos: El primero dice relación con la sala en la que los judíos celebraban el banquete: debía estar bien arreglada, adornada. Recordad que los evangelios mencionan que el Señor envía a los discípulos a preparar la Pascua, y que ésta tiene lugar en un sala grande y amueblada con divanes. Cada celebración debe tener la debida preparación, interna ciertamente, pero también externa, visible.

El segundo tiene que ver con el lavatorio de los pies. Jesús lava los pies a los discípulos antes de la cena. Lo hace para dar ejemplo de humildad a los que quieren ser discípulos suyos, pues siendo el Maestro, ha cumplido con ellos un oficio de esclavo. Los Apóstoles no comprenden lo que Jesús acaba de hacer, como no entendió Pedro que el camino del Tabor, de la gloria, es el Calvario, la Cruz. Además, en ese gesto hay también una referencia a la

pureza ritual: "También vosotros estáis limpios, dice Jesús a los suyos, aunque no todos". La Eucaristía se celebra y se come después de habernos purificado con el baño de la reconciliación. La pureza de alma, el estado de gracia es una exigencia para poder recibir el sacramento que da vida. De lo contrario, se come y se bebe la propia condenación.

El tercero guarda relación con la levadura que había que eliminar de las casas judías. Recordad las palabras de Jesús que compara la levadura con la enseñanza de los fariseos, su malicia y su hipocresía (cfr. *Mt 16, 6 y ss; Lc 12, 1*). Y san Pablo ordena a los de Corinto: "Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácimos" (*1 Co 5, 7*). Celebrar la Pascua del Señor, la Eucaristía, es dar inicio a una vida nueva, dar paso a una nueva orientación del corazón, celebrar la fiesta en verdad, el nuevo culto a Dios en espíritu y en verdad, de que habla Jesús a la samaritana. La celebración de la Pascua requiere un corazón y un ambiente de fiesta, la pureza del corazón, el propósito de una existencia renovada según el mandamiento del amor.

Jueves Santo, día de la Caridad. La institución del gran misterio de la Eucaristía viene precedida por unas palabras de Jesús bien conocidas: sabiendo que llegaba su "pascua", su paso de ese mundo al Padre, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (*Jn 13, 1*). San Lucas, por su parte, inicia su relato de la cena pascual poniendo en boca de Jesús estas palabras: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer" (*Lc 22, 15*). Es en este clima de deseos profundos, de sentimientos sobremanera vivos, de afecto extremado, en el que Jesús instituye la Eucaristía, el memorial de su Pascua. Es el gran regalo de su amor por los hombres.

La celebración de la Eucaristía no puede menos que encender nuestro amor a Dios y a los demás. Precisamente porque es el sacramento del amor, el sacramento en el que el amor llega hasta el límite. No cabe pues celebrarlo sólo dignamente, sino con viva gratitud al amor de Dios y con el decidido propósito de amar a los demás como a uno mismo.

Hoy, en fin, la Iglesia celebra la institución de otro sacramento, tercero de los misterios que conmemoramos hoy: precisamente aquel que hace posible la Eucaristía: el sacramento del Orden sagrado, el sacerdocio ministerial. Hay quien ha llegado a negar que en el Nuevo Testamento se pueda hablar propiamente de un sacerdocio cultural; que este sería propio del Antiguo Testamento que, con Jesús, habría llegado a su fin. Quien así piensa no ha

entendido que Jesús no ha abolido el culto y la adoración debidos a Dios, sino que los asumió y les dio cumplimiento en su sacrificio realizado no como algo ritual, un simple gesto, sino como un acto de amor y de obediencia al Padre. El sacerdote está al servicio de este nuevo culto. La última pregunta que el Obispo hace a los que van a ser ordenados presbíteros dice: “¿Estáis dispuestos a uniros cada día más estrechamente con Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, y a convertirlos con Él en ofrenda para gloria de Dios y la salvación de las almas?” Implícitamente se afirma aquí que el corazón de la existencia de un sacerdote es la misión eucarística: hacer de sí mismo y ayudar a los demás a que transformen su existencia en una ofrenda de suave olor al Dios Uno y Trino. Hacer de la propia vida una Eucaristía, en la que lo humano se convierte en divino, la propia vida en sacrificio de obediencia al Padre y de servicio a los demás. Esa es la razón de ser de una existencia verdaderamente sacerdotal.

Caridad, Eucaristía, sacerdocio. Sobre estos sólidos fundamentos se edifica la Iglesia. Que esta fiesta de Jueves Santo lo grabe a fuego en nuestros corazones. Amén.

Celebración de la Pasión del Señor. Viernes Santo.

Catedral. Cuenca.

02/04/2021.

Viernes Santo. Jesús muere en la Cruz. Se ha consumado todo según la voluntad del Padre. La Iglesia vuelve sus ojos al Crucificado que ocupa hoy toda la escena. No quiere que nada la distraiga de su contemplación del Señor de la Cruz, Señor, sí, porque se ha entregado libremente a la muerte: nada ni nadie lo ha forzado a hacerlo; nada ni nadie, ni dentro de Él ni fuera, le obliga. Se entregó porque Él quiso, en un acto de libertad sin sombra. Las imágenes y las cruces han estado veladas durante la Cuaresma.

Hoy se desvela el Crucificado y se muestra a la contemplación y adoración de los fieles cristianos: ¡Este es el árbol de la Cruz donde estuvo clavado el Salvador del mundo! Y entonamos himnos de alabanza a la Cruz gloriosa que de patíbulo ignominioso ha mudado en trono del amor de Dios y fuente de salvación. El árbol que fue causa de la perdición de los hombres que buscan ser como Dios, es sustituido por el árbol del Dios que no ha desdeñado hacerse pobre como nosotros.

Con la Cruz en el centro de la celebración, la Iglesia escucha en profundo

silencio meditativo la proclamación de la Palabra de Dios que habla por boca del profeta Isaías: Miradlo desfigurado, sin aspecto humano, espectáculo inenarrable, inaudito; sin figura, sin belleza, despreciado y evitado de los hombres; hombre de dolores, acostumbrado al sufrimiento, despreciado, desestimado. No se detiene el profeta en su dramática presentación del hombre de la Cruz e insiste en recordarnos que ese espectáculo lo hemos ordenado nosotros los hombres. "Él soportó nuestros sufrimientos, y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero Él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes". Es justo que escuchemos el tremendo reproche de Dios y reconozcamos, ¡al menos hoy!, que "nuestro castigo cayó sobre él" y que "sus cicatrices nos curaron". "¡Mirad!, nos anima el genial artista cuya música, hecha lamento, resuena estos días; "¡Mirad! ¿qué? al prometido, ¡Miradlo!, ¿cómo?, como al inocente cordero de Dios en el árbol de la Cruz inmolado". E invita: una y otra vez: "¡Sangra, amado corazón!".

El hombre en su injustificable banalidad tiende a negar la gravedad del pecado; en nuestro voluntario atolondramiento y ceguera parecemos haber perdido la conciencia de su gravedad. Como en un juego de niños establecemos las reglas, decidimos lo que es bueno o malo, nos arrogamos derechos inexistentes, simple creación humana que, luego, además, nos saltamos caprichosamente. El pecado de los hombres es la cosa más terrible que podemos imaginar. La criatura que se alza contra su creador, el hijo predilecto, cuidado, mimado por su padre Dios, que lo ofende y le esconde en el rostro. No existe mayor mal que el pecado; no es posible un desatino tan mayúsculo, ni un más irracional uso de la libertad, ni un engaño con peores consecuencias. Ciertamente no sabemos lo que hacemos cuando ofendemos gravemente a Dios. Estoy seguro: si comprendiéramos la realidad terrible del pecado, moriríamos de vergüenza y de dolor. Queridos hermanos, el precio del pecado es infinitamente más alto de lo que podemos imaginar: no es mensurable con oro o plata; su valor es la sangre del Hijo de Dios hecho hombre. Pidamos humildemente perdón. Triturado por el sufrimiento, entrega su vida por nuestra salvación; sus heridas nos han curado y de ellas mana incesantemente perdón y salvación. Tomó sobre sí el pecado de muchos e intercedió por los pecadores. ¡Viernes Santo!

Tras la lectura de la Pasión rezaremos por toda la humanidad, sin excluir a nadie, porque es voluntad de Dios que la salvación realizada en Cristo alcance a todos los hombres. ¡Cristo, salvador de los hombres! Que nadie se considere excluido, que nadie se juzgue incapaz de obtener el perdón de sus crímenes, que nadie se juzgue a sí mismo con una severidad que Dios no usa

con el pecador; que cada uno se sienta el hijo pródigo a quien el Padre espera abrazar con amor infinito. Recemos por toda la humanidad. Por la Iglesia, para que, fiel a su Maestro, sea sal y luz del mundo; por el Papa y los Obispos, para que seamos verdaderos guías, con la palabra y la vida, del pueblo cristiano; por la unidad de todos los que creemos en Jesús como Redentor del mundo; por los judíos, nuestros hermanos mayores, para que consigan la plenitud de la redención; por los no creyentes, para que el Señor abra sus ojos a la luz de la fe; por los que rigen las naciones, para que gobiernen movidos sólo por el bien común; por todos los que sufren, para que encuentren en la Cruz de Cristo, consuelo y sentido a su dolor.

Después de esta oración universal nos acercaremos hasta la Cruz y la veneraremos piadosamente con un gesto de adoración inclinando profundamente la cabeza o arrodillándonos ante ella. Agradeceremos a nuestro Señor la salvación que nos ha obtenido con su Pasión y Muerte. Al contemplar la Cruz, pediremos a Dios la fortaleza necesaria para saber sufrir como su Hijo cuando llegue el dolor, cuando experimentemos el sufrimiento o nos alcancen la injusticia, el insulto, la difamación o la calumnia, la incomprensión, el abandono, el fracaso y los reveses, la enfermedad y la muerte: todos los males han sido cargados sobre sus espaldas. Cuando quizás veamos vacilar nuestra alma o debilitarse la fe en Dios, omnipotente y misericordioso, alcemos al Crucificado nuestra mirada. Cuando se eleve el tono de las quejas que brotan de nuestros labios, cuando la protesta arrecie y se insinúe la rebelión contra Dios, miremos al crucificado, que, siendo justo, murió por los pecadores y nos ha curado con sus heridas. Todas las quejas humanas, por justas que parezcan ser, todas las preguntas de los hombres que “exigen” de Dios una respuesta, quedarán siempre ahogadas en las palabras del Siervo doliente, el Siervo de Dios: “¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho, en que te he ofendido? Respóndeme... ¿Qué más pude hacer por ti? Yo te planté como viña mía, escogida y hermosa. ¡Qué amarga te has vuelto conmigo! ... ¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho, en qué te he ofendido? Respóndeme”. Todo en nuestra vida ha de ser santificado, vivido con Cristo. También el dolor que es inseparable de la vida humana, de la que forma parte integrante.

La Celebración finaliza con la distribución de la Sagrada Comunión, precedida de la oración del Padre nuestro, en el que invocamos el perdón de Dios y ofrecemos nuestro perdón a los que nos han ofendido. ¿Habrá alguien tan insensato que niegue el perdón de la ofensa recibida, por grande que pueda parecernos, cuando acaba de recibir el perdón de los propios pecados, de la inmensa deuda que, por ellos, hemos contraído con Dios? ¿Seremos capaces de negar hoy el perdón, hoy, día de la universal perdonanza divina?

Pidamos humildemente al Señor de la Cruz que arranque la raíz amarga de la malquerencia, la mala voluntad hacia quien sea, el odio que mata y destruye la vida personal, familiar y social.

La Sagrada Comunión que recibimos nos recuerda que no podemos amar a Dios si no amamos a los hermanos, que hemos de ponernos a su servicio; que el amor de Cristo por nosotros en la Cruz, ha de movernos a luchar sin descanso para extirpar de nuestras vidas todo aquello que pueda saber a egoísmo, a repliegue sobre nosotros mismos, a indiferencia ante el mal o la desgracia ajena. La Virgen Santísima de las Angustias nos enseña a perdonar al recibir a los hombres como hijos al pie de la Cruz. Amén.

Vigilia Pascual.

Catedral. Cuenca.

03/04/2021.

Queridos hermanos:

La Iglesia, despierta y en oración en estas horas nocturnas que preceden al estallido de luz y de júbilo por la Resurrección del Señor, permanece a la espera de que resuene en todo el mundo el canto del *alleluia*. Es el acontecimiento central de la historia humana, el momento de la intervención decisiva de Dios en favor de los hombres. Se consuma la obra de la Redención por la que los hombres somos readmitidos en nuestra primigenia condición, quedamos libres del pecado y se nos abre el acceso a la Jerusalén celestial. En seguida, en el pregón pascual, cantaremos al Señor porque en esta noche santa Cristo, "rotas las cadenas de la muerte, asciende victorioso del abismo", y los que creemos en Él "somos arrancados de los vicios del mundo y de la obscuridad del pecado, somos restituidos a la gracia y agregados a los santos". ¡Noche santa, noche de gracia, noche dichosa!

La liturgia que celebramos ha comenzado con el rito del "lucernario", la bendición del fuego y la preparación del cirio: el rito de la luz. La creación comienza con el mandato divino: "¡que exista la luz!", que todo se llene de Dios, que el mundo refleje, aunque sea palidísimamente la luz divina, la luz del Verbo de Dios, Luz de Luz, por el que todas las cosas fueron hechas. En la Sagrada Escritura, la luz es la imagen más inmediata de Dios; donde hay luz hay vida. Así se dice que Dios "habita una luz inaccesible" (1 Tim 6, 16), está revestido de belleza y majestad, "la luz lo envuelve como un manto" (Sal 104,

2). Recordemos la escena del monte Tabor. Con este rito de la luz y el fuego nuevo inicia la Iglesia su noche en vela. Con este rito nos sitúa ante una nueva creación o recreación. En la Resurrección de Cristo se realiza aun con mayor plenitud y de manera más sublime un nuevo principio de todas las cosas. El sepulcro, la tiniebla no puede sofocar la luz. Cristo vence la muerte, se alza del sepulcro y la luz de la Resurrección inunda el mundo: "Yo soy la luz", y el que anda en la luz no camina en tinieblas; se ilumina la vida de los hombres, la historia de la humanidad es una historia de gracia que alcanza su plenitud en esa noche santa. A la luz de Cristo se revela el verdadero ser de las cosas, la verdad de nuestra existencia y de nuestras acciones, de nuestro presente y de nuestro futuro. ¡Luz de Cristo! Demos gracias a Dios, porque "el pueblo que caminaba en tinieblas, como dice Isaías, vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló" (9, 1).

Una vez encendido el Cirio pascual, mientras se abre paso entre las sombras en que está sumido el templo, los cristianos toman luz de esa luz. De manera que pueden ver y a la vez ayudar a que otros vean por dónde y cómo deben caminar. "Vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5, 14). Y esa luz, como el Cirio del que se enciende, debe ser visible, puesta en lo alto; no se la puede egoístamente ocultar, porque el mundo quedaría sin luz, sumido en la tiniebla. Cristo es en efecto, la luz del mundo, la luz que permite conocer la verdad última, la que verdaderamente cuenta. Nosotros la recibimos como don y tenemos la tarea de reflejarla en el mundo. ¿Son luminosas nuestras vidas? ¿reflejan de la luz de Cristo? ¿o, más bien, la ocultan, la obscurecen? En la liturgia bautismal se vuelven a encender las velas; se entrega al padre o padrino, que hace las veces del niño, la luz de Cristo con la que es iluminado y debe iluminar el mundo. En un momento de su historia, la Iglesia denominaba el sacramento del Bautismo como "fotismos", sacramento de la iluminación, de la comunicación de la luz de la Resurrección. La criatura que bautizaremos será introducida en la luz de Dios: ¡hágase la luz! ¡Sé luz!, ¡vive como hijo de la luz! Lo recordará el apóstol a los tesalonicenses: "porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no nos entreguemos al sueño como los demás (como las vírgenes necias), sino estemos en vela y vivamos sobriamente" (1 Tes 5, 5-6). De ahí la exhortación de Pablo a brillar como lumbreras en medio de una generación perversa y depravada (cfr. Fil 2, 15).

Hemos escuchado en las lecturas de la Sagrada Escritura como Dios fue preparando a su pueblo y a la humanidad entera para esta noche santa. La historia de los hombres tiene como principio la creación que se relata en el libro del Génesis, y como fin la Resurrección del Señor, misterio de muerte y

de vida que triunfa sobre ella; la historia de cada uno como cristiano inicia con el Bautismo por el que participamos en la muerte y la vida de Cristo, somos hechos hijos de Dios y comenzamos a formar parte de su cuerpo santo que es la Iglesia. El misterio se anuncia en la segunda lectura, el sacrificio de Isaac, cuya vida no se reserva Abrahán en un gesto de rendida obediencia a Yahwéh. Hemos escuchado la narración de la liberación de los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto, y se nos ha recordado la paciencia de Dios que perdona una y otra vez a su pueblo, el pueblo elegido, pueblo en el que había de nacer el hijo de la promesa, el Mesías redentor. Se nos ha anunciado así al Padre de Nuestro Señor Jesucristo, rico en misericordia, que entrega a su propio Hijo a la muerte como gesto definitivo de perdón. La lectura del profeta Baruc anuncia, a su vez, a aquel que nos enseñará lo que agrada al Señor; y con Ezequiel se nos promete un corazón nuevo y un agua purificadora. Este es el progresivo desvelamiento de los planes de Dios par la humanidad, que alcanzan en Cristo plena realización. Así lo afirma el Apóstol Pedro en sus primeras predicaciones en Jerusalén: "Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por sus profetas".

Y así hemos llegado a la proclamación del Evangelio en el que hemos escuchado de nuevo las palabras que el ángel dice a las mujeres que han ido al sepulcro: ¿Buscáis a Jesús? No está aquí. Ha resucitado. Decid a sus discípulos y a Pedro que vayan a Galilea. ¡Allí lo veréis, como os dijo! Allí recibirá la Iglesia naciente la misión, razón de su existencia: hacer que la Redención del Señor llegue a los hombres de todos los tiempos y lugares.

Continuemos nuestra celebración, renovados en nuestra fe, fortalecidos en nuestra esperanza, encendidos en el amor que Dios nos ha mostrado. ¡Cristo vive! ¡Alleluia!

Domingo de Resurrección.

Catedral. Cuenca.

04/04/2021.

Cuando Jesús purifica el espacio sagrado del templo de Jerusalén del uso que se daba a algunos de sus espacios, los judíos le preguntan por los signos que avalan su autoridad para proceder de ese modo. Jesús responde aludiendo a la gran señal que certificará su autoridad, el signo de que Dios está con él dando autoridad a sus gestos y palabras: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Jn 2, 19). Los judíos ponen en duda sus palabras

recordando que la construcción del templo de Jerusalén llevó la friolera de 46 años. Les resultaba del todo imposible que Jesús pudiera levantarlo en solo tres días. Pero el evangelista tiene buen cuidado de precisar que "él hablaba del templo de su cuerpo". Un puñado de meses más tarde, la institución de la Eucaristía, memorial de su muerte y resurrección. Al día siguiente, la inmolación del Cordero sin mancha en la Cruz. Tres días después, al alba del primer día de la semana, que conoceremos para siempre como "día del Señor", el anuncio gozoso de la Resurrección. Tiene lugar la gran señal anunciada. Como Pedro dirá más tarde al pueblo de Jerusalén: "Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello" (Hch 3, 14-15). Mataron al que libremente entregaba su propia vida, como grano de trigo que cae en la tierra y muere, y el Padre hizo de esa muerte principio inagotable de vida nueva.

Es el corazón mismo de la fe cristiana. El anuncio que llena al mundo de esperanza y que hemos de proclamar de continuo. ¡Cristo ha resucitado! ¡Celebremos la Pascua del Señor! La tarea de los cristianos no será otra que invitar a los hombres a entrar en ese misterio por la fe en Jesucristo, que predijo su resurrección a los tres días de su muerte, convirtiéndose así en ¡rey vencedor!

Jesús resucitó realmente. El que murió en la Cruz y yacía en el sepulcro cavado en la roca, ahora vive. Los ángeles preguntan a las santas mujeres: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?" (Lc 24, 5). Vive, aunque su vida no sea como la de antes, como la de todos los hombres, vida destinada a la muerte. Jesús vive de un modo nuevo y permanece para siempre. No es un espíritu, lleva las huellas de la pasión, se le puede tocar, come con los discípulos; pero su cuerpo es cuerpo glorioso; no está sometido al espacio y al tiempo; se hace presente donde y cuando quiere, como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, y es soberanamente libre de mostrarse como deesea.

Con los dos discípulos, Pedro y Juan, hemos corrido al sepulcro para ver lo que ellos vieron: los lienzos por el suelo, "tendidos" dice el texto que hemos leído, apoyados como sobre dos puntos en el suelo. Y el sudario enrollado en un sitio aparte. Eso ven los apóstoles. Y lo que ven les sirve para ir más allá de lo que ven. Lo que ven los lleva a la fe: "vio y creyó", dice el texto refiriéndose a Juan. Como en una secuencia de hechos en los que uno lleva de la mano al otro. "Vio y creyó". Una secuencia, sin embargo, que no es fruto de la lógica humana, sino de la gracia de Dios, del Espíritu que mueve suave pero eficazmente a ir más allá de lo que los sentidos nos dicen y nos

conduce a la fe. Es ahora, a la luz de la fe en Resurrección del crucificado cuando la vida y las palabras de Jesús adquieren un sentido pleno.

Cristo vive, vive en su Iglesia, en los sacramentos, en su palabra, en su liturgia, especialmente vive en la Eucaristía. Está presente en toda su actividad. Cristo vive también en el cristiano: "El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él" (Jn 14, 23). Vive en el alma en gracia, verdaderamente.

"Celebremos la Pascua", nos invita el Apóstol. Celebrémosla no con levadura vieja, de corrupción y maldad, "sino con los panes ácidos de la sinceridad y la verdad" (1 Co 5, 8). Pan no adulterado, así debe ser la vida nueva inaugurada con la Resurrección del Señor. Vida no adulterada, vida cristiana, vida de Cristo, sin alterar, sin añadirle nada que le sea extraño o ajeno, verdadera vida cristiana, sincera, auténtica, no falseada por el pecado. A eso nos invita hoy la Iglesia. Vivamos la vida del Resucitado, que es la vida en la que hemos sido injertados y que nos proporciona su Vida. Su existencia trascendió haciendo el bien, curando a todos los oprimidos por el diablo, como dice el texto sagrado. Ese debe ser nuestro modo de vivir y esa debe ser nuestra tarea, pues somos otros "cristos", el mismo Cristo. Es cierto que dejamos tanto que desear, a pesar de nuestros buenos deseos, nuestra voluntad bienintencionada. Pero la conciencia de nuestras debilidades y pecados no debe desanimarnos; la tarea, la misión de hacer presente a Cristo entre los hombres no es invención nuestra, no es fruto de una decisión personal; es un mandato del Señor y Él nos dará su gracia para cumplirlo. Al final, se trata de vivir en una profunda actitud de amor, de obediencia al Padre, y de entrega y servicio, humilde y sacrificado, a los demás.

Me vienen a la cabeza unas palabras de Benedicto XVI: "Allí donde la fe se convierte en la fuerza que tira de la persona, donde ésta se confía plenamente a Dios, la fe deviene amor" J. Ratzinger, *Obras completas* XII, p. 770); cuando Cristo habita en el alma por la fe, prende también su amor; y si la fe se degrada, este se enfría y va cediendo lugar al egoísmo que se encierra en sí mismo y se despreocupa de los demás.

Que la fe de las santas mujeres y de los apóstoles brille siempre en nuestras vidas y nos encienda en amor a Dios y a los hermanos. Que así sea.

II Domingo de Pascua.

Catedral. Cuenca.

19/04/2020.

Hoy acaba la octava de Pascua. Los ocho días que sigue a la gran fiesta cristiana forman un solo día. En este día, domingo *in albis* se llamaba, es decir, domingo de las vestiduras blancas, los bautizados en la noche de Pascua deponían sus vestiduras blancas, pero conscientes, dice san Agustín, de que la blancura del vestido que dejaban debía permanecer para siempre en su corazón y en sus obras. Habían recibido la vida sobrenatural, la vida de Dios, y ahora debía procurar que arraigase cada vez más en sus vidas. Debían modelar éstas según la fe que habían recibido

El Evangelio que acabamos de escuchar tiene dos partes bien diferenciadas, correspondientes a dos apariciones del Señor Resucitado. La primera tiene lugar el mismo día de la Resurrección; al anochecer, precisa san Juan. El marco de la aparición se repite en estos días: los discípulos están reunidos en una casa, probablemente la misma en la que tuvo lugar la última cena. Tiene las puertas de la casa bien cerradas; el evangelista no descuida decirnos el motivo: tenían miedo de los judíos, miedo de que los jefes y príncipes de los sacerdotes hicieran con ello lo que habían perpetrado con Jesús. De repente, se presenta Jesús, y se pone en medio de ellos. El saludo es el de siempre: el saludo judío, saludo de paz. Y, sin más, le enseña las manos y el costado llagados. Sus señas de identidad. Como diciendo soy yo, que nadie dude. La respuesta de los apóstoles es la alegría: ellos se llenaron de alegría al verle. Jesús repite su saludo: la paz esté con vosotros. Y sin solución de continuidad: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Jesús viene del Padre, ha sido enviado por Él. Su autoridad es plena: yo y el Padre somos una misma cosa, somos uno solo. Ahora os envía a vosotros, que sois una sola cosa conmigo y con el Padre. Tenéis la misma misión que yo, la que yo he recibido y yo os confío. Sois enviados. Tenéis una misión, una tarea. Jesús sopla sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo. Para esa misión contáis con el Espíritu de Dios, que es derramado sobre vosotros como fue derramado sobre mí en el río Jordán. Contamos pues con el favor divino, Dios está de nuestra parte a la hora de llevar a cabo la misión. Fundamentalmente esa misión debe llevar a los hombres a reconocer a Cristo como el Mesías de Dios, el Hijo de Dios, Salvador. El que crea y se bautice recibirá el perdón de los pecados, recuperará su antigua condición, perdida en el paraíso, fruto del tremendo error de nuestros primeros Padres que desobedecieron a Dios pensando que así llegarían a ser como Él y terminaron expulsados del paraíso, desnudos, en la pobreza más total. Ahora Dios infunde su espíritu de nuevo en

nosotros, nos recrea, nos hace nuevas criaturas, con una nueva vida, ¡nueval, la vida de Dios. para que vivamos de un modo nuevo.

La segunda aparición tiene lugar siete días más tarde. En la primera no estuvo Tomás. Ahora sí, también él está presente. Y a él se dirige el Señor. Tomás lo ha intuido apenas Jesús se ha hecho presente. Lo han intuido también los demás apóstoles. Todos, sin saber muy bien qué decir ni qué pensar, habían asistido a la reacción de Tomás siete días antes, cuando le contaron que habían visto al Resucitado. Tomás es neto: si no veo las señales de los clavos en sus manos y en su costado y no meto en ellas mis dedos y mi mano, ¡no creeré! Debieron sonar tremendas estas palabras, cuando hacía apenas un rato que se había aparecido a los demás apóstoles. ¡Yo me rindo sólo a la evidencia que me dan los sentidos! Si no veo y no toco, no creo. Así que, al aparecer de nuevo Jesús, según el mismo ritual: las puertas cerradas, de repente, con el mismo saludo de paz, presentándose en medio de ellos, no en un ángulo, no en la penumbra, a la vista de todos, en medio, para que no queden dudas; no es extraño, digo, que los ojos de todos se volvieran a Tomás. Y, en efecto, Jesús se vuelve a Tomás y lo invita a poner sus dedos en sus llagas y a meter el puño en la herida dejada por la lanza; toca, mete tus dedos: no seas incrédulo sino creyente. Y entonces tiene lugar la más bella y solemne confesión de fe del Evangelio: "Señor mío y Dos mío", para que la repitamos con frecuencia. Y el reproche amigable pero igualmente claro de Jesús: "porque me has visto has creído". Bienaventurados los que crean sin haber visto. Se pregunta san Gregorio Magno: "¿Creéis que fue casualidad que estuviera ausente en aquella ocasión aquel discípulo elegido, y que cuando vino oyera y oyendo dudara, y dudando palpara y palpando creyera? Fue disposición de la divina providencia, dice, de modo que tocando aquel discípulo las heridas de su maestro, sanase en nosotros las llagas de nuestra incredulidad; porque decidiéndose aquel a palpar para creer, nuestra alma se afirmara en la fe, desechando toda duda. No fue casualidad sino obra de la misericordia de Dios, que busca siempre lo mejor para nosotros".

En este domingo, los ojos se vuelven a la Virgen de Rus, a Santa María Madre del Señor, recordando las palabras de Santa Isabel a su joven prima que ha acudido a aquella aldea en la montaña para ayudarla en el trance del parto de Juan el Bautista: "Bienaventurada tú, le dice a María, que has creído lo que te ha dicho el Señor". María mujer de fe, mujer que ha creído a la palabra de Dios, que se ha fiado totalmente. Pidamos al Señor que aumente nuestra fe. ¿Recordáis las palabras de san Juan: Todo el que nace de Dios vence al mundo y lo que nos da la victoria sobre el mundo es nuestra fe? (cfr. 1 Jn 5, 4). ¿Qué fe? La de aquel que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Y en este domingo de la Misericordia divina, el gesto de Dios con Tomás para reforzar su fe en Él nos recuerda que Dios es misericordioso porque Dios es amor. La misericordia es la cara del amor cuando éste topa con la miseria corporal o espiritual de los hombres. Quien ama no puede menos de sentir misericordia con el que sufre, con el que carece de lo indispensable. Vale la pena pensarlo con calma: ¿Me compadezco de la miseria ajena? ¿Perdono las ofensas que recibo o dejo que se endurezca mi corazón? ¿Trato de ayudar a los demás si está en mi mano hacerlo? ¿Caigo en la cuenta de que la medida que use con los demás, esa misma la usará Dios conmigo?

Que la Santísima Virgen de Rus interceda ante su Hijo para que nos mantengamos firmes en la fe que hemos recibido, tratemos de que fructifique en obras que difundan el buen olor de Cristo y sean reflejo de la misericordia de Dios con cada uno de nosotros, en cumplimiento de las palabras de Jesús: "sed misericordiosos como vuestro celestial es misericordioso" (Lc 6, 36). Amén.

2. Cartas y Comunicados

2.1 Radiomensajes desde la Cadena COPE.

Radiomensaje de 1 de enero de 2021.

Queridos diocesanos:

El año se encamina rápidamente a su fin; un año difícil que recordaremos durante mucho tiempo por la carga de dolor y de sacrificio que para muchos, y aún podríamos decir que para todos, ha comportado. A lo largo del mismo, nos hemos visto acechados por un enemigo invisible que, en cualquier momento, amenazaba con hacerse presente en nuestras vidas. El nuevo año nace con la esperanza de que la humanidad pueda rehacerse de su derrota, tan cara en vidas humanas, y vencer a la pandemia con la ayuda de la esperada vacuna.

El final del año hace más viva la inquietante experiencia de que la vida es ciertamente breve. El deshacerse de nuestra morada terrenal, como dice el Apóstol, va acompañado del imparable paso del tiempo, por más que sepamos que hay en nosotros una semilla de inmortalidad en la que no puede hacer mella. Pero la fugacidad de la vida se hace visible, toma forma, en el paso inexorable del tiempo. Lo que somos no se reduce a tiempo, pero, a la vez, es fruto del tiempo y parece diluirse en él. Alguien ha dicho que vivir es morir lentamente. Afirmar que el tiempo es breve y que la vida lo es igualmente se nos antojan frases intercambiables, y esto produce inquietud.

No se puede negar que el tiempo a nuestra disposición es breve y que, además, es incierto, pues ignoramos cuánto nos resta. Está en las manos de Dios, verdadero Señor del tiempo. Nos lo ha dado como un espacio más o menos prolongado para que hagamos fructificar los talentos recibidos, y esto nunca sucede cuando se usan solo en beneficio propio. La vida, el tiempo que no se gasta en servir a Dios y a los demás, son tiempo y vida inútiles. No sirven a nuestro verdadero fin. Recordar que el tiempo es breve nos ayuda a emplearlo para hacer rendir las cualidades personales y las ocasiones que Dios pone en nuestras manos. Se diría que uno pierde su vida, la malgasta, cuando la pone al servicio de Dios y se empeña en hacer el bien a los demás; pero, en realidad, al obrar así, la estamos ganando. Las palabras del Señor no dejan lugar a dudas: "Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que

pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8, 35).

No podemos ser como el siervo inútil, perezoso y haragán del Evangelio, que desaprovecha el tiempo, la oportunidad que su Señor le da para que haga fructificar el talento que ha puesto en sus manos (Mt 25, 14 ss). Al cerrar el año, debemos preguntarnos por cómo lo hemos aprovechado, por el bien que hemos hecho a lo largo del mismo, por el ejemplo que hemos dado, por la felicidad que hemos creado a nuestro alrededor, por cómo hemos cumplido nuestras obligaciones personales, familiares, civiles y religiosas, por cómo hemos cuidado de los demás, por cómo hemos servido al Señor

El final del año es tiempo para dar gracias a Dios por los beneficios que nos ha dispensado, también por aquellos de los que no somos conscientes; es tiempo para pedir perdón por nuestros pecados, por las ofensas hechas a los demás, de manera particular a los más cercanos; por las cosas que podíamos haber hecho mejor; por nuestras omisiones; por nuestra falta de compromiso; por no haber dado todo lo que podíamos; por habernos lamentado en exceso; por nuestras cobardías y faltas de generosidad.

Y es tiempo, también, para formular nuevos propósitos, seguros de contar con la ayuda de Dios. No es tiempo para quejas y lamentos estériles; es momento para un examen humilde, sereno, confiado, que haga germinar decisiones "posibles", quizás pequeñas en apariencia, pero que suponen un paso adelante en nuestro caminar hacia el Padre que nos espera al término de la vida. Un año nuevo ha de ser ocasión para un renovado empeño de vida cristiana, fiándolo todo a la vez a la gracia de Dios; un nuevo desafío a nuestra fidelidad de hijos de Dios, empeñados en la edificación cristiana, paciente y pacífica, de este mundo. ¡Feliz Año nuevo!

Radiomensaje de 8 de enero de 2021.

Queridos diocesanos:

Antes de nada, deseo hacer llegar a todos los que leéis esta Carta semanal y a todos los diocesanos un cordialísimo saludo al comienzo de este nuevo año, que acompaño con la oración a Dios Nuestro Señor para que, a lo largo del mismo, podamos ver superada la actual crisis sanitaria, motivada por el Covid-19.

Con la presente doy inicio a una serie de Cartas en las que, a lo largo

de las próximas semanas, con las interrupciones obligadas por algunas fechas señaladas, me ocuparé de la última Encíclica del Papa que lleva por título: *Fratelli tutti* ("Hermanos todos, sobre la fraternidad y la amistad social"). Un largo documento que vio la firma del Papa el 3 de octubre del pasado año 2020.

Se trata, en efecto, de un amplio escrito que se extiende a lo largo de 287 números, reunidos en ocho capítulos, en los que se tratan temas muy diversos y no siempre fáciles. Van precedidos por una a modo de introducción, en la que quiero detenerme en esta Carta, pues la considero fundamental para comprender mejor el entero documento.

Como telón de fondo del mismo se encuentra la figura de San Francisco de Asís, al que, como es sabido, el Papa profesa gran devoción, hasta el punto de haber elegido dicho nombre para ser designado en su calidad de Sumo Pontífice. Como es sabido, san Francisco proponía a sus hermanos y hermanas una "forma de vida con sabor a Evangelio", en la que declara feliz a quien ame al otro, "tanto a su hermano cuando está lejos como cuando está junto a él" (*Fratelli tutti*, n. 1). El Papa ve en estas palabras del santo de Asís la esencia de lo que él llama "fraternidad abierta". Y es este pensamiento el que lo ha movido a dedicar la nueva encíclica a "la fraternidad y a la amistad social" (n. 2), verdaderos ejes que vertebran los contenidos de todo el documento.

Junto a la de san Francisco de Asís, otra figura, ésta de nuestros días, ha servido como *imput* para la redacción de la Encíclica, la del Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, con quien ha querido recordar que Dios "ha creado a todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos", palabras que constituyen un verdadero *leitmotiv* de la Encíclica.

Hay un tercer elemento que ha jugado un papel no desdeñable en la redacción del documento papal: las "numerosas cartas y documentos con reflexiones que recibí de tantas personas y grupos de todo el mundo" (cfr. n. 5), a propósito del documento firmado conjuntamente con el Gran Imán en Abu Dabi el 4 de febrero de 2019. Por último, ha influido también la pandemia del Covid-19 que ha puesto de manifiesto la incapacidad de los sistemas y reglas existentes para resolver los problemas comunes (cfr. n. 7).

El Papa Francisco se había ocupado ya con anterioridad de las cuestiones que tienen que ver con la fraternidad y la amistad social, pero, ahora, ha

querido tratarlas situándolas “en un contexto más amplio” (cfr. n. 5), arrojando de ese modo una nueva luz sobre las mismas. Todo ello con un propósito bien definido: el de ayudar a todos a reaccionar ante los problemas actuales “con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede solo en palabras” (cfr. n. 6); el sueño de una “única humanidad (...), como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, como hermanos” (n. 8).

Escrita desde sus convicciones cristianas, el Papa ha redactado su Encíclica “de tal manera que la reflexión se abra al diálogo con todas las personas de buena voluntad” (cfr. 6). Se trata, pues, de una “reflexión” hecha sobre convicciones cristianas, expresión que puede ayudar a la hora de discernir el “grado” de autoridad de que goza el documento.

Radiomensaje de 15 de enero de 2021.

Queridos diocesanos:

El primer capítulo de la encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco lleva como título: *Las sombras de un mundo cerrado*, y se extiende a lo largo de 46 números. En ellos se ponen de relieve algunas tendencias actuales que obstaculizan, sino es que impiden sin más, la realización de la “fraternidad universal” (n. 9).

Algunos procesos de integración tanto en Europa como en América Latina, en marcha desde hace decenios, encuentran hoy obstáculos en su camino (n. 10), debido a que “se encienden conflictos anacrónicos que se consideraban superados, nacionalismos cerrados, exasperados, resentidos y agresivos” (11). Este hecho nos recuerda y avisa que los mejores logros de la humanidad no se alcanzan de una vez para siempre, sino que deben ser objeto de continua conquista, de atención y cuidados.

Contra lo que a primera vista podía alguien suponer, un “mundo abierto” no es sin más aquel que se abre a los intereses de los distintos pueblos, o en el que hay libertad para poder invertir sin trabas y complicaciones. Un mundo de este estilo no favorece sin más la fraternidad; hace, sí, que los hombres seamos más cercanos unos a otros gracias al fenómeno de la globalización, pero no que seamos más hermanos. Es un mundo que beneficia normalmente a los más fuertes, mientras que a los más débiles se les niega “el derecho a existir y a opinar, y para ello se acude a la estrategia de ridiculizarlos, sospechar

de ellos, cercarlos. No se recoge su parte de verdad, sus valores..." (n. 15). Así, en vez de caminar hacia objetivos que benefician a todos, aumentan las distancias entre personas y pueblos, y se retarda la marcha hacia un mundo unido y más justo.

En ese mundo que se dice, falsamente, abierto, no se respeta a la persona como valor primario y fundamental que exige ser respetado y protegido, sobre todo si se trata de los más "pobres, discapacitados, que todavía no son útiles como los no nacidos, o ya no sirven como los ancianos. Son seres de descarte" (n.18); pervive en algunos la falsa convicción de que la persona puede ser tratada como un objeto, como cosa (cfr. n. 24).

En nuestro mundo se opone también a la creación de una verdadera "fraternidad universal" el hecho de que no en todas partes se respetan los derechos fundamentales de la persona, y son no pocos los que viven en condiciones nada acordes con la dignidad propia de todo ser humano. Existen también sociedades en las que se está todavía muy lejos de que las mujeres gocen de los mismos derechos personales y sociales que los varones. Y no hablemos de las numerosas formas de esclavitud vigentes todavía en nuestro mundo, en las que "la persona creada a imagen y semejanza de Dios queda privada de libertad, mercantilizada, reducida a ser propiedad de otro, con la fuerza, el engaño o la constricción física o psicológica..." (n. 24). Y está luego el fenómeno de la guerra, de los pueblos sujetos a persecución por motivos de raza o religión, de la explotación sin conciencia de los recursos naturales de los pueblos menos desarrollados, del miedo a los demás que se presentan como una amenaza para nuestra situación de bienestar y hace nacer barreras de división, dando así origen a pequeños mundos cerrados a los demás (cfr. n. 27; 37-41).

En ese mundo, dice el Papa "los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan" (n. 30). Por eso, es necesario "recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes" (n. 36). La tragedia sanitaria global que sufrimos es una ocasión para avivar la conciencia de ser una comunidad mundial y de que únicamente es posible salvarnos juntos (cfr. n. 32). ¡Necesitamos un mundo verdaderamente abierto a los demás!

Radiomensaje de 22 de enero de 2021.

Queridos diocesanos:

La *Constitución dogmática sobre la divina revelación* del Concilio Vaticano II inicia con unas solemnes palabras que revelan con claridad la actitud de la Iglesia en relación con la Palabra de Dios: “El Santo Concilio, dice, escucha con devoción la Palabra de Dios y la proclama con valentía, obedeciendo a aquellas palabras de San Juan: «Os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos»” (n. 1).

Para nadie es un secreto el gran impulso que la citada Constitución del Concilio ha supuesto para que la Palabra de Dios ocupe el puesto que le corresponde en la vida de la Iglesia y en la reflexión teológica. En los últimos 50 años ha crecido en los cristianos la conciencia de la importancia de la Palabra de Dios para la vida del entero Pueblo cristiano, de cada una de las Iglesias particulares, de las comunidades cristianas y de los fieles singulares. La difusión de la *Lectio divina* es buena prueba de lo que decimos. Y es que, sobre la Palabra de Dios, en expresión de Benedicto XVI, “se funda, nace y vive” la Iglesia (Exhort. Apost. *Verbum Domini*, n. 3). En el mismo documento se nos dice también que, “el fundamento de toda espiritualidad cristiana auténtica y viva es la Palabra de Dios anunciada, *acogida, celebrada y meditada*” (n. 121). Por otra parte, la Iglesia está al servicio de la evangelización, que no es otra cosa sino el anuncio y la proclamación a todas las gentes de la Palabra hecha carne, Jesucristo Señor nuestro.

A pesar de los avances registrados en la consideración de la centralidad de la Palabra de Dios en la vida y en la actividad de la Iglesia, se hace necesario insistir en su conocimiento para poder aprender la sublime ciencia de Jesucristo, que se va adquiriendo gracias a la lectura frecuente de la Palabra de Dios. Como afirmaba San Jerónimo y ha recordado repetidamente el Santo Padre, “la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo”.

Por eso, sería sumamente conveniente que en las familias cristianas los padres fueran capaces de dar a conocer a sus hijos la fuerza espiritual y la riqueza de la Palabra de Dios (cfr. Francisco, Carta Apost. *Scruturæ sacrae affectus*).

Para estimular a todos los fieles a un mayor conocimiento de las Escrituras, el 30 de septiembre de 2019 el Papa instituyó el Domingo de la Palabra de

Dios, haciéndolo coincidir con el III Domingo el Tiempo Ordinario que este año celebraremos el próximo domingo. Es un día llamado a despertar en los fieles el *amor* y la *veneración* por la Palabra de Dios, invitándolos a *leerla con frecuencia, a meditarla y a difundirla*.

El próximo lunes, 25 de enero, conmemoraremos la Conversión de San Pablo, Apóstol de las gentes, fiesta con la que culmina la *Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, comenzada el pasado día 18 de enero. La unidad de todos los cristianos es el gran deseo de Jesús manifestado en el sermón o discurso de la Última Cena, cuando pidió intensamente al Padre que guardara a los suyos, a sus discípulos “para que sean uno como nosotros” (Jn 17, 11).

Estamos plenamente convencidos de que ha de ser el Espíritu Santo quien mueva los corazones de cuantos creemos en Cristo para que se realice la unidad perfecta en la única Iglesia. Esa fue la intención por la que Jesús oró al Padre en la Última Cena y la oración debe ser el primer medio y el principal camino para alcanzar la deseada unidad.

La conciencia clara de que es mucho más lo que une a los cristianos que lo que los separa ha de llevarnos a pedir la alegría de sentirnos hermanos, de tener un solo Señor, de haber recibido un solo Bautismo y de tener el mismo Dios y Padre. El afecto sincero, fraterno, ha de conducirnos a un mayor trato y a un mejor conocimiento mutuo, a desear la unidad como un bien para todos, pues sabemos que servirá para que el mundo crea en aquel que ha sido enviado por el Padre para nuestra salvación (cfr. Jn 17, 21).

Radiomensaje de 29 de enero de 2021.

Queridos diocesanos:

El segundo capítulo de la encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco lleva por título: “Un extraño en el camino” y es, en substancia, un comentario a la parábola evangélica del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Antes de seguir adelante en el documento, el Papa se detiene en el citado texto evangélico, en el que, dice, se recoge “un trasfondo de siglos” (n. 57) que se centra en dos cuestiones fundamentales. Con la primera se interroga por *quiénes son nuestros hermanos*, y con la segunda por *el principio que debe regir nuestras relaciones*.

La pregunta por el *prójimo* o *hermano* obtiene cumplida respuesta tanto

en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, aunque es en este último donde encontramos una más clara y decidida contestación. En efecto, ya en el libro del *Levítico*, por ejemplo, se establece el deber de amar al prójimo como a uno mismo (cfr. 19, 8) y en el libro del *Eclesiástico*, superando la tendencia a limitar erróneamente el concepto de prójimo a los más cercanos, lo alarga a todos los hombres, de modo semejante a como el amor de Dios alcanza a todos los seres vivientes (cfr. 18, 13). Pero es en el Evangelio donde el precepto del amor a todo ser humano, a cada persona, es recordado una y otra vez. Lo mismo puede leerse en las cartas de los Apóstoles (cfr. 1 Jn 2; , 10; 3, 14; 4, 20; Tes 3, 12).

La actitud ante los demás, dice el Papa, no puede ser de ningún modo la de la *indiferencia* (cfr. nn. 57 y 68). La tentación de la *indiferencia*, es decir, la inclinación a “desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles” (n. 64), acecha a todos. Corremos el peligro de estar demasiado centrados en nosotros mismos, de elevar a criterio de nuestras relaciones con los demás el viejo dicho según el cual cada uno debe sacarse las castañas del fuego. Pero este principio significa frecuentemente ver al prójimo, considerar a la mayor parte de “los demás”, como algo que nos molesta, que perturba nuestra vida, que altera nuestros planes o nos hace perder tiempo con sus problemas, que inquieta nuestra tranquilidad con sus sufrimientos.

Frente a la que podríamos llamar *actitud homicida* de la *indiferencia*, que borra a los demás de nuestra vista y los elimina de nuestro mundo, el Papa propone otra actitud fundamental bien diversa, la “opción de fondo que necesitamos para reconstruir este mundo que nos duele” (n. 67): la actitud del *buen samaritano* (ibídem), que nos lleva a mirar a los demás, a toda persona, como hermano o hermana. Cada persona encarna al “hombre” de que habla la parábola –carece de ulterior identificación– que bajaba de Jerusalén a Jericó y que cayó en manos de ladrones. Esta *actitud de fondo* se corresponde con la de quien busca el bien común siguiendo una ley fundamental escrita en el propio corazón, según la cual cada persona debe encaminarse “a la prosecución del bien común y a partir de esa finalidad, reconstruir una y otra vez su orden político y social, su tejido de relaciones, su proyecto humano” (n. 66). El *buen samaritano* actuó con esa *actitud de fondo* y siguió esa *ley fundamental* con aquel que los ladrones habían dejado medio muerto.

El levita y el sacerdote, en cambio, no fueron capaces de olvidarse de sí mismos, de sus planes, de sus necesidades y sus problemas, de su tiempo, para atender y cuidar del herido, cuyo estado requería imperiosamente su atención: pasaron de largo, miraron para otra parte, hicieron como que no

veían al herido. El Papa nos llama a hacer examen y preguntarnos con cuál de los personajes de la parábola nos identificamos, o a cuál de ellos nos parecemos (cfr. n. 64). Vale la pena detenernos y pensarlo unos momentos, porque podríamos descubrir que, aun creyendo en Dios y adorándolo, no vivimos, sin embargo, como a Dios le agrada (n. 74); y podría darse la paradoja, dice el Papa para removernos, “de que a veces, quienes dicen no creer, pueden vivir la voluntad de Dios mejor que los creyentes” (ibídem). Sería, en verdad, una triste cosa.

Consideremos, para terminar, que Jesús, como conclusión de la parábola, nos invita a comportarnos como el samaritano: “Ve y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37); a hacernos próximos a cada persona; a dejar de lado toda indiferencia y, ante el sufrimiento, volvemos cercanos, vecinos, *prójimo* de cualquiera que encontremos en el camino de nuestras vidas.

Radiomensaje de 5 de febrero de 2021.

Queridos diocesanos:

El cap. III de la encíclica *Fratelli tutti* tiene como título: “Pensar y gestar un mundo abierto”. Se extiende a lo largo de 40 números y es uno de los más largos de todo el documento. Se puede decir que en él el Papa pone las bases doctrinales de toda su exposición. De ahí su interés.

El capítulo inicia con unas palabras del Concilio Vaticano II que recuerdan una de las enseñanzas más bellas y profundas de San Juan Pablo II en la primera de sus encíclicas. “El ser humano, dice Francisco, está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud ‘si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás’” (n. 87). O como dice más adelante: “Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose” (n. 95). O lo que es lo mismo, quien no ama, no puede llegar a conocerse ni desarrollarse o alcanzar su plenitud como ser humano. Estamos hechos para el amor. Es la “ley de éxtasis” (n. 88), que lleva a salir de uno mismo, del encerramiento egoísta, para hallar en los otros el crecimiento del propio yo. No se crece sin los demás.

También la altura moral y espiritual de la persona está determinada por el amor a Dios y a los demás, “criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana”, afirma Francisco con palabras de Benedicto XVI (n. 92). Es conocida la enseñanza de san Pablo

según la cual ninguna de las virtudes es “como Dios la entiende”, si no está transida por la caridad, por el dinamismo de apertura, de salida de sí que le es propio.

Si esto es así, interesa sobre manera saber de qué estamos hablando cuando pronunciamos la palabra caridad o amor. Según Francisco: es el movimiento que centra la atención en el otro “considerándolo uno consigo” (n. 93), lo que lleva a buscar el bien de la otra persona, pues se la aprecia como algo grande e importante para uno mismo; puesto que es alguien dotado de gran valor para mí, me entrego y me doy a él (cfr. n. 94). Pues bien, dice el Papa, solo en esta forma de relacionarnos se hace posible la “amistad social” que no excluye a nadie y la “fraternidad abierta a todos” (n. 94), pues el amor reclama una creciente y progresiva apertura a los demás, hasta abrazarlos a todos, también a aquellos que no son parte de los nuestros.

Es este amor el que da lugar a las sociedades abiertas y desbroza el camino a la fraternidad universal. Si cada persona vale tanto, si es de tan alto precio “siempre y en cualquier circunstancia (n. 106), entonces es claro que “el solo hecho de haber nacido en un lugar con menos recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad” (*ibídem*). La dignidad de la persona no se fundamenta en estas o las otras circunstancias “sino en el valor de su ser” (n. 107). Para el Papa Francisco este es un “principio elemental” de la vida social; elemental y fundamental, podemos decir. “Cuando este principio elemental no queda a salvo, no hay futuro ni para la fraternidad ni para la supervivencia de la humanidad” (*ibídem*).

Existe el peligro real de acoger a medias el citado principio. Se puede sostener, en efecto, que debe haber, sí, posibilidades y libertad para que todos puedan lograr una vida digna, pero sin caer a la vez en la cuenta de que la situación de la que se parte, de que hay, por ejemplo, gente menos dotada o más lenta o más débil. Si no se tiene esto en cuenta, la libertad puede quedarse en una libertad declamada, y la fraternidad en una expresión romántica más (cfr. n. 109). Libertad y fraternidad se requieren y necesitan mutuamente para ser auténticas la una y la otra.

Radiomensaje de 12 de febrero de 2021.

Queridos diocesanos:

La semana pasada finalizaba mi colaboración centrada en la primera parte del capítulo III de la encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco, recordando una afirmación suya según la cual libertad y fraternidad se requieren mutuamente para ser, una y otra, auténticas, verdaderas, y no simple declamaciones retóricas o expresiones más o menos románticas. Libertad sin fraternidad puede terminar en autoafirmación egoísta y exclusiva; y fraternidad sin libertad puede traducirse en igualitarismo que sofoca al individuo y priva a los demás de sus dones y riquezas particulares. El Papa, pues, da un sí decidido a la libertad de individuos y pueblos que les permite desarrollar sus capacidades y, al mismo tiempo, pronuncia otro sí igualmente enérgico a la fraternidad, al espíritu que anima a quien se sabe responsable de la fragilidad ajena (cfr. n. 115).

De ahí que la encíclica dedique una atención especial a la *solidaridad*, que define como *actitud social* (un modo de ser y de comportarse en relación con los demás), y como *virtud moral*, derivada de la justicia que lleva a dar a cada uno lo suyo, lo que le pertenece. La solidaridad traduce a la práctica la conciencia de que formamos un todo con los demás, de que somos parte de una y la misma realidad. Por eso, cada uno es afectado por lo que sucede a los demás; en cada uno resuena y vibra lo que al otro le acontece. Es también por eso que nos sentimos responsables de los demás, de manera particular de los más "frágiles de nuestra familia, de nuestra sociedad, de nuestros pueblos" (*ibidem*). Sabernos o sentirnos solidarios, parte de un todo, se debe traducir en servicio, en poner lo nuestro a disposición de los demás, en ampliar su capacidad de generar bien, buscando la promoción del hermano.

La *solidaridad* no congenia con sus imitaciones, esas solidaridades esporádicas y ostentadas, interesadas y, por tanto, falsas. *Solidaridad* es "pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales" (n. 116).

En este punto de su reflexión, el Papa recuerda otras verdades fundamentales, básicas, de la Doctrina Social de la Iglesia, que iluminan con luz nueva el camino para la paz y la fraternidad universales. "El mundo, dice,

existe para todos, porque todos los seres humanos nacemos en esta tierra con la misma dignidad. Las diferencias de color, religión, capacidades, lugar de nacimiento, lugar de residencia y tantas otras no pueden anteponerse o utilizarse para justificar los privilegios de unos sobre los derechos de todos" (n. 118). Pertenece al corazón de la Doctrina de la Iglesia la verdad según la cual los bienes de la tierra tienen a todos los hombres como primer destinatario. Según san Juan Pablo II, esta verdad constituye "el primer principio de todo el ordenamiento ético social" (n. 120). Este principio no elimina ciertamente el *derecho natural* a la propiedad privada; pero este derecho tiene carácter "secundario y derivado del principio del destino universal de los bienes creados" (n. 120).

La promoción del bien común incluye también la maduración de personas y sociedades en los *valores morales*. Sin ellos no se puede hablar de un *desarrollo humano integral*, de auténtico progreso, que debe ser armónico y de toda la persona. No se puede reducir, pues, al crecimiento del bienestar material, olvidando o dejando de lado los valores morales y espirituales (n. 112). En esta línea, prosigue el Pontífice, "vuelvo a destacar con dolor que ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad, y llegó la hora de advertir que esa alegría superficial nos ha servido de poco. Esa destrucción de todo fundamento de la vida social termina enfrentándonos unos con otros para preservar los propios intereses" (n. 113). ¿Es necesario, acaso, poner ejemplos de lo que afirma el Papa?

Radiomensaje de 19 de febrero de 2021.

Queridos diocesanos:

Con el Miércoles de Ceniza ha iniciado el tiempo santo de Cuaresma, que termina con el anuncio gozoso de la Resurrección del Señor en la noche de Pascua. Es ésta, la Pascua del Señor, la que da sentido al camino cuaresmal. En este tiempo la Iglesia quiere que demos mayor espacio a la escucha de la Palabra de Dios, que la meditemos en nuestro interior y nos dejemos interpelar, "zarandear", por ella. La Palabra de Dios escuchada reverentemente, acogida con humildad, permitiéndole que sacuda nuestras falsas certezas y frágiles seguridades, nos invita a la conversión, al cambio de vida, de actitudes, de valores, de comportamientos; nos lleva a reconciliarnos con Dios y con los hermanos.

¡Necesitamos la Cuaresma!; es preciso que resuene cada año en nuestras vidas la llamada a la conversión, a revisar nuestra conducta y, sobre todo, a examinar nuestros corazones, porque del corazón nace y brota todo lo que de bueno o malo hacemos los hombres. Es en el corazón donde tiene su sede la virtud y el pecado. La Cuaresma somete a prueba nuestra vida y nos advierte de su autenticidad cristiana. Porque podría ocurrir que la seria reprensión del Señor nos alcanzara también a nosotros: “Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me da está vacío (...). Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres” (Mc 7, 6-8).

En su Mensaje de este año para la Cuaresma, el Papa nos recuerda que el ayuno, la oración y la limosna son, a la vez, “condiciones y expresión de nuestra conversión”. Son las obras de penitencia que preparan la conversión. El *ayuno* en efecto, se hace “experiencia de libertad”, inicio de un camino que lleva a liberarnos de todo lo que estorba en nuestra marcha hacia la Pascua; que ayuda a hacer frente a la saturación enfermiza de informaciones; a frenar el ansia de consumo que lleva al hartazgo y termina por revelarse como falso camino que no conduce a la plenitud.

La *oración*, por su parte, despierta el deseo de Dios; la voluntad de volver a Dios del que quizás nos hemos alejado, y que redescubrimos como “Padre de misericordia” que fortalece nuestra esperanza, nos hace mirar el pasado con la seguridad de haber sido perdonados, y al presente y al futuro con la confianza puesta en su gracia que no nos ha de faltar. La esperanza en Dios que se renueva en nuestra oración, humilde y confiada, conduce a reforzar la esperanza propia y de los demás, “a decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen que consuelan, que estimulan”, como dice el Papa Francisco; mueve a alentar la esperanza y a difundir el perdón, a ofrecerlo después de haberlo recibido “en el Sacramento que está en el corazón del nuestro proceso de conversión”.

En la *limosna*, a su vez, se expresa y manifiesta el amor a los demás, que sufre cuando ve al otro enfermo o sin hogar, desvalido y abandonado, despreciado y humillado en su dignidad, en situación de necesidad. Facilita ver que cada persona es miembro de la familia humana, está llamada a ser parte del Cuerpo de Cristo; parte de un todo íntimamente vinculado; por eso su mal, su sufrimiento, es el nuestro, el del todo, y su bien nos llena de alegría. “La caridad, dice el Papa, se alegra de ver que el otro crece”.

Hemos iniciado este tiempo santo de la Cuaresma con el austero rito de la imposición de la Ceniza. Con él se manifiesta la propia fragilidad que nuestros pecados ponen de manifiesto. Si los reconocemos y confesamos humildemente, experimentaremos no la confusión y la vergüenza que acobarda y oprime, sino la alegría del perdón de Dios que nos renueva y enaltece.

Radiomensaje de 26 de febrero de 2021.

Queridos diocesanos:

El capítulo cuarto de la encíclica *Fratelli tutti*: “Un corazón abierto al mundo entero”, desarrolla algunas de las consecuencias de la afirmación central de todo el documento: que todos los seres humanos somos hermanos. Como toda gran verdad, también ésta es rica de consecuencias prácticas. Basta ponerla en relación con algunos problemas de nuestro tiempo, para que estos queden iluminados con nueva luz, y comiencen a dibujarse soluciones nuevas. Es lo que va a hacer el Papa en este capítulo cuarto. Si no se la quiere reducir a mera abstracción, la verdad de la fraternidad universal, “nos plantea una serie de retos que nos descolocan, nos obligan a asumir nuevas perspectivas y a desarrollar nuevas reacciones” (n. 128).

Si ponemos en conexión la verdad de la fraternidad universal con el fenómeno de las migraciones, comprenderemos mejor el derecho que corresponde a todo ser humano “de encontrar un lugar donde pueda no solamente satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, sino también realizarse integralmente como persona” (n. 129). Nuestra actitud fraterna para con los migrantes la articula el Papa en las acciones de “acoger, proteger, promover e integrar”. En concreto, el Papa precisa algunas de las numerosas implicaciones de dicha actitud, por ejemplo: incrementar y simplificar la concesión de visados, adoptar programas de patrocinio privado y comunitario, abrir corredores humanitarios para los refugiados más vulnerables, ofrecer un alojamiento adecuado y decoroso, garantizar la seguridad personal y el acceso a los servicios básicos...”. Y para los que hace tiempo que han llegado hasta nosotros es importante que se les pueda aplicar el concepto de ciudadanos. (cfr. nn. 130-131). El Papa juzga que el fenómeno de la migración puede suponer un beneficio para las sociedades que acogen, y una ocasión de nuevo desarrollo para quienes llegan a ellas. Para que sea realidad son necesarios una mente y un corazón abiertos, flexibles, capaces de dar y recibir en un intercambio fecundo.

Este intercambio resulta cada vez más inevitable en un mundo cada vez más globalizado, y hemos de procurar que beneficie a todos. Por eso, dice el Pontífice, “necesitamos desarrollar la consciencia de que hoy o nos salvamos todos o no se salva nadie”, pues lo que ocurre en un lugar del planeta afecta a todos (n. 137). La experiencia dolorosa de la pandemia nos ha hecho ver que, en relación con un creciente número de problemas, es preciso buscar soluciones que valgan para todo el planeta. Va creciendo así la conciencia de que no se salva quien busca salvarse solo. “Hoy, dice el Papa al concluir este capítulo, ningún Estado nacional aislado está en condiciones de asegurar el bien común de su propia población” (n. 153). Por eso, resulta urgente crear “un ordenamiento mundial jurídico, político y económico que incremente y oriente la colaboración internacional hacia el desarrollo solidario de los pueblos”, lo que “supone que se conceda también una voz eficaz en las decisiones comunes a las naciones más pobres” (n. 138). La capacidad de pensar y de buscar soluciones “juntos” a los problemas comunes, “de pensar no solo como país, sino también como familia humana” mide, dice el Papa, “la verdadera calidad de los distintos países” (n. 141).

Pero la apertura a lo universal no significa que los individuos, los grupos humanos y los pueblos deban renunciar a su propia identidad, a los propios tesoros culturales y espirituales, pues, de ese modo, el mundo no se enriquecería ni progresaría, sino que se haría más pobre. La universalidad no tiene por qué “diluir” las particularidades (n. 151), aunque frecuentemente las amenaza. Una cultura y un mundo abierto no significan uniformidad, homogeneización, estandarización, una cultura dominante e impuesta que ha perdido el gusto de lo diverso, y en la que ya no se respeta a cada uno en su valor. La fórmula de éxito es la que combina un “sano amor al propio pueblo y su cultura” con una “sincera y amable apertura a lo universal”, que se deja “interpelar por lo que sucede en otras partes y “enriquecer por otras culturas”, que se solidariza “con los dramas de otros pueblos” (n. 146). De otro modo, el excesivo amor a la propia realidad frena capacidad de desarrollo, la vuelve estática y enferma (cfr. *ibídem*).

Los demás, los otros, pueblos e individuos, no duda en decir el Papa, son “constitutivamente necesarios para la construcción de una vida plena” (n. 150). En efecto, o somos-con-los-otros, o no llegamos a ser en plenitud.

Radiomensaje de 5 de marzo de 2021.

Queridos diocesanos:

El capítulo V de la encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco lleva por título: *La mejor política*. Seguramente es el capítulo de la Encíclica que más reservas y objeciones ha suscitado en determinados ambientes intelectuales y económicos; quizás porque es aquí donde la doctrina del Papa se hace más propositiva y crítica, al mismo tiempo, respecto de algunos de los problemas más acuciantes de nuestro mundo y de nuestro tiempo.

Comienza con una valoración muy positiva de la política, pues la comunidad global capaz de hacer realidad la fraternidad de pueblos y naciones que vivan la amistad social es posible, dice, gracias a una política “puesta al servicio del verdadero bien común” (n. 154). Ni los “populismos” ni los “liberalismos” son ejemplo de esa política.

Según el Papa, las “formas populistas” de la política “utilizan demagógicamente” (n. 155) a los débiles para sus fines. Frente a ellas -que, paradójicamente, no reconocen la legitimidad de la noción de pueblo-, el Papa afirma su plena validez cuando se acepta que la sociedad es más que la simple suma de individuos y se admite que se dan tendencias comunitarias, que se puede pensar en objetivos comunes no obstante las diferencias, y que solo los “sueños colectivos” son capaces de impulsar grandes proyectos (cfr. n. 157). Se forma parte de un pueblo cuando se participa de una identidad común “hecha de lazos sociales y culturales” (n. 158) y solo quienes saben interpretar el sentir de un pueblo, sus tendencias y su dinámica cultural, pueden ayudar a darle unidad, a guiarlo, protagonizando un proyecto duradero de transformación y crecimiento.

Esta valoración positiva de la noción de pueblo degenera en “insano populismo” cuando se “convierte en la habilidad de alguien para instrumentalizar políticamente la cultura del pueblo, con cualquier signo ideológico, al servicio de su proyecto personal y de su perpetuación en el poder. Otras veces busca sumar popularidad exacerbando las inclinaciones más bajas y egoístas de algunos sectores de la población. Esto se agrava cuando se convierte, con formas groseras o sutiles, en un avasallamiento de las instituciones y de la legalidad” (n. 159).

El “populismo insano” se caracteriza también por su “inmediatismo,” por el ofrecimiento de soluciones rápidas, falsa o no meditadas, a problemas

urgentes y complejos, sin empeñarse seriamente en la tarea de promover políticas que permitan a las personas generar recursos para su propio desarrollo (cfr. nn. 161-162).

Por su parte, dice el Papa, las formas liberales de la política están “al servicio de los intereses económicos de los poderosos” (n. 155). Predomina en ellas una visión individualista de la sociedad considerada como “mera suma de intereses que coexisten” (n. 163). Lo que hemos llamado pueblo no existe en realidad, y se tacha de populismo la defensa de los derechos de los más débiles de la sociedad (*ibídem*). Más allá de los sentimientos de fraternidad interpersonal, se hace necesaria “una organización mundial más eficiente para ayudar a resolver los problemas acuciantes de los abandonados que sufren y mueren en los países pobres”.

Por otra parte, el Papa crítica lo que llama “dogma de fe neoliberal” (n. 168), según el cual el mercado lo resuelve todo, a la vez que lamenta los estragos que sigue produciendo la especulación financiera cuyo fin principal es la ganancia fácil. Es imprescindible “llevar la dignidad humana al centro” y construir sobre ese pilar las estructuras sociales alternativas que necesitamos” (*ibídem*) n.168). No se logrará si se olvida que no se trata solo de corregir los excesos del “paradigma tecnocrático”, sino de superar el egoísmo que lleva a encerrarse en el propio yo o en el propio grupo” (n. 166).

Radiomensaje de 12 de marzo de 2021.

Queridos diocesanos:

Recordábamos la semana pasada que el capítulo V de la Encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco está dedicado a identificar cuál es la *mejor política* para nuestra sociedad. Ni en los populismos ni en los liberalismos, ni tampoco en sus distintas “marcas”, se concreta esa *mejor política*. Los defectos de una y otra manera de hacer política, las “formas mezquinas e inmediatistas” de ésta, están a la vista de todos; tanto que se ha terminado por crear una imagen de la política que lleva erróneamente a pensar que el mundo puede funcionar sin ella.

¿Cuáles son para Francisco las notas o características fundamentales de esa *mejor política*? Se sostiene sobre tres principios, grandes e insustituibles: a) debe estar “al servicio del verdadero bien común” (n. 154); b) debe “reconocer a cada ser humano como un hermano o hermana”; c) debe “buscar

una amistad social que integre a todos" (n. 180).

No es posible poner en pie esta política, si se la "somete" o condiciona totalmente a la economía, de manera que sea ésta la que asuma "el poder real del Estado"; y tampoco si se la "somete a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia" (n. 177). El Papa tiene una visión de la política de más largo alcance, y un planteamiento más ambicioso de la misma. Los actuales problemas de la sociedad en todo el mundo no se resuelven, dice, con soluciones ocasionales, parciales, poniendo parches a las viejas políticas (cfr. n. 170). Es necesaria una política impregnada de una lógica nueva, pues "hay cosas que deben ser cambiadas con replanteos de fondo y transformaciones", contando con la colaboración de todos los sectores y de los saberes más variados. Citando su encíclica *'Laudato si'*, afirma Francisco: "Pienso en una sana política, capaz de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de mejores prácticas, que permitan superar presiones e inercias viciosas" (n. 177). Para lograrlo se precisa una política valiente, decidida y capaz de descubrir los caminos para hacerla realidad; una política y unos políticos que no la consideren una meta inalcanzable, bella pero utópica.

Los esfuerzos en esta dirección son, dice el Papa con expresión de hondo calado, "ejercicio supremo de la caridad", una caridad que califica de "social", pues cuando creamos procesos de fraternidad y de justicia para todos, entonces entramos en "el campo de la más amplia caridad, la caridad política" (n. 180). La caridad, pues, no es virtud cuyo ejercicio se limite al tú a tú, a mi relación con los más próximos. Por eso afirma el Papa algo que presenta una cierta novedad: "Todos los compromisos que brotan de la Doctrina Social de la Iglesia provienen de la caridad que (...) es la síntesis de toda la Ley" (n. 181). Tomando pie de este "amor social" o "caridad política" como base y punto de partida, se abren los caminos que pueden llevar a un "mundo nuevo" y desembocar en una "civilización del amor", expresión con un contenido similar a la del "reino de Dios" de que nos hablan los Evangelios. Un mundo y una civilización, un orden político y social "cuya alma sea la caridad social" (n. 180)

El Papa enumera a continuación los rasgos o las expresiones de esta "caridad social":

- debe estar basada en la verdad, porque va más allá de un vacío sentimentalismo y la dota de una dimensión universal, por lo que contará también, y de manera necesaria, con la verdad que aportan las ciencias humanas (cfr. n. 185);

- deberá crear instituciones más sanas, conducentes a modificar las condiciones sociales que provocan las variadísimas modalidades del sufrimiento humano (cfr. n. 186);
- prestará especial atención a las personas y pueblos más frágiles, y a los últimos, a los más necesitados, que van valorados, respetados e integrados en la sociedad (cfr. n. 187).
- Cuidará de estar abierta, de manera que todos tengan su espacio (cfr. n. 190).

“Vista de esta manera, concluye el Papa, la política es más noble que la apariencia, que el *marketing*, que distintas formas de *maquillaje* mediático. Todo eso lo único que logra sembrar es división, enemistad y un escepticismo desolador, incapaz de apelar a un proyecto común”.

Radiomensaje de 19 de marzo de 2021.

Queridos diocesanos:

No existe, no creemos que exista, ningún instrumento que sirva para darnos la medida exacta de la santidad de una persona. Ni siquiera uno mismo puede dar razón de la propia santidad. Sólo Dios conoce el interior de hombre; sólo Él penetra sus pensamientos y escruta su corazón. Por eso, sólo Él puede ser con toda seguridad el Dios justo. Pero siendo esto verdad, muchos no dudamos en pensar que San José, cuya fiesta celebramos hoy, 19 de marzo, es después de la Virgen María, su esposa, la criatura que mayor plenitud de gracia ha recibido del Señor. Sería del todo extraño que no fuera así habiendo recibido la misión de desempeñar el oficio de padre de Jesús según la ley y de haber sido escogido para esposo castísimo de su Madre. Para una tarea tan delicada y de tan altísima responsabilidad, no está fuera de la realidad pensar que Dios le habrá dado las más altas gracias para poder cumplirla ejemplarmente.

Los Evangelios presentan la figura de José en estrecha conexión con Jesús y María. Apenas inicia el relato evangélico, ya en los primeros versículos, se reconoce a María como la madre de Jesús y como aquella que estaba desposada con José. De este se afirma, de manera que no deja lugar a dudas, que era “justo”, que no quiso difamar a María con un comportamiento que pusiera en duda su honor inmaculado y que eligió el silencio de su alma para guardar el misterio en el que participaba y que no comprendía. Fue el primero de los comportamientos de José llenos de sencillez y de naturalidad en

apariencia, puesto que, en realidad, se trataba de actos heroicos.

Cuando en la Exhortación Apostólica *Alegraos y regocijaos* del Papa Francisco leemos el epígrafe dedicado a “los santos de al lado” nada nos cuesta pensar que San José es el más grande entre estos. “Me gusta, dice Francisco, ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo, en esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es, muchas veces, la santidad “de la puerta de al lado” (n. 7). Como decía el Papa en un “tweet” reciente que se podría aplicar perfectamente a nuestro santo: “Para convertirse en bienaventurado no es necesario ser un héroe de vez en cuando, sino un testigo todos los días”.

Porque esa fue la santidad de este hombre justo, que cumplió sencilla y heroicamente a la vez, la voluntad de Dios cada día y en cada circunstancia, sin pararse a pensar en las dificultades, sin buscar interpretaciones que facilitaran su tarea, sin escudarse en lo que para otros quizás pudieran ser pretextos fáciles, y todo ello sin darse importancia, sin buscar reconocimiento o premios, por otra parte, más que merecidos. Simplemente fue un hombre siempre a disposición de Dios, abierto a las iniciativas divinas a veces incomprensibles para él, mudo en su rendida obediencia, eficaz en su servicio, fiel hasta las últimas consecuencias. Sufrió y gozó junto a María su esposa con la presencia del Mesías anunciado por los profetas.

José es Patrono principal de la Iglesia, patrono de la vida interior y de las vocaciones sacerdotales que hoy le pedimos confiados en su intercesión. Las pedimos modeladas a su imagen y semejanza: jóvenes serenos, decididos, firmes, obedientes a la voluntad de Dios, pendientes de su palabra, con la conciencia de hacer simplemente lo que deben, sintiéndose hermanos entre hermanos, alegres con la misión de cuidar de todos los hombres que el Señor ponga en su camino. Estupenda vocación. Es el día del Seminario. La Iglesia no puede vivir sin Eucaristía, y los sacerdotes son los hombres de la Eucaristía. Pero no caen del cielo, no brotan por generación espontánea; son fruto de la gracia de Dios y de la propia decisión, del coraje de quien, sabiéndose uno más, ha escuchado la llamada del Maestro y Buen Pastor y ha decidido seguirla, haciendo de ella la razón de su existencia. Hombres que, como dice el lema de este año en el día del Seminario, quieren ser, como san José, *padre y hermano* de los hombres, de todos los hombres.

Radiomensaje de 26 de marzo de 2021.

Queridos diocesanos,

Proseguimos con nuestra tarea de exponer de manera sintética la doctrina de la encíclica del Papa Francisco *Fratelli tutti sobre la fraternidad y la amistad social*. Permittedme que me salte hoy el orden lógico que debería seguir este comentario, para ocuparme de los epígrafes que el Santo Padre dedica al *Valor y sentido del perdón*. Me empuja a ello el hecho de encontrarnos ya a las mismas puertas de la Semana Santa y la circunstancia de que, por segundo año consecutivo, no podré predicar en la entrada de la catedral la primera de las siete palabras de Cristo en la Cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

El momento central de la historia de los hombres lo constituye un episodio de perdón: la exaltación de Cristo en la Cruz, que termina en su Resurrección. Este hecho representa la revelación suprema de Dios a los hombres: del amor del Padre, que "entrega" a su Hijo por nosotros, para nuestra salvación, y del amor del Hijo que, obediente hasta la muerte, "entrega" libremente su vida por amor al Padre y a nosotros los hombres. Al mismo tiempo se trata de un acontecimiento que nos revela en qué consiste ser, verdaderamente, cristiano, es decir, otro Cristo. No es pues extraño que el perdón recibido de Dios y el que debemos dar a los demás figure en el corazón de la oración que Jesús mismo enseñó a sus discípulos, y que constituya una exigencia irrenunciable del "ser cristiano". Conocemos la parábola según la cual el Señor "se indigna" ante la actitud de siervo (todos nosotros) a quien se le ha perdonado una enorme deuda y es incapaz de remitirla a quien le debe una pequeña suma (cfr. Mt 18, 34).

No han faltado quienes han visto en el perdón cristiano el epicentro de lo que llaman la religión de los débiles. Consideran el corazón de nuestra fe como la manifestación de una gran cobardía, de una falta total de coraje. Para refutar, ya de entrada, tan formidable error bastaría acudir al testimonio de los millares de mártires que han dado su vida por mantenerse fieles a Cristo y han muerto perdonando a sus verdugos. Negarles determinación y coraje es muy fácil; mucho más difícil es imitar su fortaleza. No, el perdón no es propio de gente arrugada o encogida; no es, como dice el Papa, "cosa de débiles" (n. 236). ¡Muy al contrario!

Pero resulta necesario entender bien la naturaleza del perdón. Perdonar, dice Francisco, no significa "renunciar a los propios derechos ante un poderoso

corrupto, ante un criminal o ante alguien que degrada nuestra dignidad"; perdonar no implica permitir que alguien "siga pisoteando la propia dignidad y la de los demás, o dejar que un criminal continúe haciendo daño" (n. 241). Nada impide que, si alguien causa un mal a nosotros o a los demás, exijamos justicia o nos preocupemos para que esa persona no siga haciéndolo. "El perdón no anula esa necesidad, sino que la reclama" (*ibídem*). No obliga el perdón al olvido de la ofensa o a enterrarla en el pasado, porque "hay silencios que pueden significar hacerse cómplices de graves errores y pecados" (nn. 244, 250). Hay olvidos "sociales" que son insanos, nocivos, porque suponen el debilitamiento de la conciencia de la gravedad de crímenes de lesa humanidad.

La pregunta decisiva es: ¿Qué es lo que evita que la exigencia de justicia se transforme subrepticamente en vehículo de la ira, satisfacción del deseo de venganza o medio legitimado de destruir al otro? Es cierto, como reconoce el Papa, que no es fácil impedir que el veneno de la injusticia sufrida nos infecte del odio que la provoca. La respuesta a la pregunta que se acaba de formular y el remedio contra el veneno del deseo de venganza o el odio "sólo se puede conseguir venciendo el mal con el bien (cfr. *Rom 12, 21*" (n. 243). Quienes perdonan de verdad renuncian "a ser poseídos por la misma fuerza que los ha perjudicado" (n. 251), rompiendo así el vínculo malvado que une la injusticia y la venganza.

Radiomensaje de 9 de abril de 2021.

Queridos diocesanos:

El pasado viernes, 2 de abril, Viernes Santo de 2021, se cumplieron dieciséis años de la muerte del gran Papa Juan Pablo II, a quien hoy veneramos como santo. Su pontificado -largo de 27 años- ocupó buena parte de las vidas de muchos de los que leen estas líneas. Su recuerdo permanece imborrable.

El 30 de abril del 2000 san Juan Pablo II declaró el segundo domingo de Pascua como "Domingo de la Divina Misericordia"; lo hizo en la misma ceremonia en que fue canonizada Santa Faustina Kowalska, apóstol de la Divina Misericordia. El Señor llamó al santo Pontífice a su presencia en la noche previa al domingo de la Divina Misericordia, y las fechas de su beatificación y canonización coincidieron con la celebración de sendos domingos de la Divina Misericordia en los años 2011 y 2014.

Ya en 1980, Juan Pablo II había publicado su encíclica *Dives in misericordia* (*Rico en misericordia*). El Papa nos invitaba con ella a volver la mirada a esta consoladora realidad: “Es conveniente ahora, decía, que volvamos la mirada a este misterio: lo están sugiriendo múltiples experiencias de la Iglesia y del hombre contemporáneo; lo exigen también las invocaciones de tantos corazones humanos, con sus sufrimientos y esperanzas, sus angustias y su expectación”. En la ceremonia de canonización de Santa Faustina, el Papa se dirigía a la santa polaca, “don de Dios a nuestro tiempo”, para que concediese a todos “percibir la profundidad de la misericordia divina” y nos ayudase a “experimentarla en nuestra vida y a testimoniarla en nuestros hermanos”.

Dos dádivas, pues, pedimos en esta fiesta de la Misericordia Divina: de una parte, llegar a descubrir cada vez mejor la profundidad de este atributo divino. Penetrar en esta realidad nos llenará de consuelo, de serenidad y de esperanza en las situaciones más penosas, que con frecuencia someten a prueba nuestra fe. La conciencia de nuestros pecados y debilidades no sofocará nunca la certeza de fe de que el Señor ha cargado sobre sí nuestra miseria y ha cancelado con su sangre nuestros pecados. “¿Hay algo, se pregunta san Bernardo, que pueda declarar más inequívocamente la misericordia de Dios que el hecho de haber aceptado nuestra miseria? ¿Qué hay más rebosante de piedad que la Palabra de Dios convertida en tan poca cosa por nosotros? (...). Que deduzcan de aquí los hombres lo grande que es el cuidado que Dios tiene de ellos; que se enteren de lo que Dios piensa y siente sobre ellos” (San Bernardo, *Sermón 1 en la Epifanía del Señor*, 2).

El otro don que de manera especial imploramos de Dios en este domingo es el de lograr testimoniar la misericordia. El Evangelio nos enseña cuánto desagrada a Dios el hecho de que quienes hemos sido y somos de continuo objeto de su misericordia, no seamos capaces de vivir esa misericordia con los demás: ¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti? Y el señor indignado...” (Mt 18, 32-34).

En su Exhortación Apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo actual *Alegraos y regocijaos*, Francisco recuerda cómo Jesús “explicó con toda sencillez qué es ser santo, y lo hizo, dice, cuando nos dejó las bienaventuranzas”, que son “como el carnet de identidad del cristiano” (n. 64). Se trata, pues, de encarnarlas en la propia vida. Después de tratar brevemente de cada una de ellas, el Papa concluye con una suerte de *ritornello*: “(...) esto es santidad”. También cuando habla de la misericordia finaliza de

manera semejante: "Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad" (n. 82). Nos conviene sobremedida ser misericordiosos, tener ojos de misericordia, porque la medida de misericordia que usemos con los demás, será la que Dios use con nosotros (cfr. Lc 6, 38).

Agradecemos al Señor su misericordia y pidámosle, por la intercesión de santa Faustina Kowalska y de San Juan Pablo II, la gracia de saber ser misericordiosos como lo es nuestro Padre celestial (cfr. Mt 6, 36). A todos nos va mucho en ello.

Radiomensaje de 16 de abril de 2021.

Queridos diocesanos:

El Papa Francisco dedica el capítulo sexto de su encíclica *Fratelli tutti* a tratar del diálogo y de la amistad social (nn. 198-224). Lo que denominamos diálogo es una realidad con un rico contenido; se trata ante todo de una actitud hondamente arraigada en la persona, que abraza aspectos variados que el Papa resume de este modo: "acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto" (n. 198). Dialogar es todo ello a la vez. Lo dice el Papa un poco más adelante al definir el "espíritu que mueve el diálogo" o el "ánimo dialogante" como "la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad" (n. 199).

El ánimo dialogante requiere, en efecto, capacidad de acogida, apertura de espíritu, tanto para dar a los demás como para recibir de ellos; supone la conciencia de la necesidad que tenemos unos de otros, la convicción de que es menester ser complementados, ayudados, perfeccionados desde fuera. Frecuentemente, los debates que deberían ser espacios de diálogo, son un ejemplo de todo lo contrario. En vez de abrirnos al intercambio sincero, mostrar respeto por el parecer del otro y apreciar su esfuerzo en la búsqueda de la verdad de las cosas, con frecuencia el falso diálogo acaba en exposiciones cerradas del propio pensamiento, incapaces de recibir aportaciones que completan y perfeccionan el discurso personal, impermeables a cualquier resquicio de verdad que pueda venir de los demás; no raramente, la postura diversa, aun no siendo del todo opuesta a la de uno, es objeto de descalificación sin matices ni distingos. El diálogo no resulta entonces vía o camino por el que alcanzar entendimientos y visiones superadoras; no es serena y amigable actividad a la búsqueda de bienes generales que crean comunión y concordia. Los participantes en este falso diálogo no se muestran preocupados por el

bien común, sino, más bien, por la adquisición de los beneficios que otorga el poder o por la vana satisfacción de imponer su forma de pensar” (n. 202).

El diálogo auténtico exige, por el contrario, confianza en el otro, la convicción de que puede aportarme no poco, y enriquecer mi pensamiento, mi visión de las cosas; ensanchar mi horizonte, provocar el impulso a la revisión de posiciones que pensaba definitivas, a la profundización en mi propio pensamiento, a corregirlo en algunos puntos, a enriquecerlo en última instancia.

El *relativismo absoluto* hace imposible el diálogo, y aun en la hipótesis de que resultara posible, lo haría inútil, incapaz de alcanzar el consenso que persigue. En realidad, no habría punto de llegada para los dialogantes, ¡y ni siquiera un común punto de partida! No podemos de ningún modo aceptar que la verdad quede reducida a la opinión pública dominante, a mayorías prevalentes que terminan siendo totalitarias e intolerantes. La historia, todavía no muy lejana, nos enseña los abismos de inhumanidad y de injusticia a los que puede conducir esa postura. La renuncia a verdades objetivas y a principios sólidos; dejarlos a la interpretación de los poderosos del momento; ceder a esa suerte de falsa tolerancia que hace tabla rasa de la verdad y del error; renunciar al esfuerzo que exige alcanzar verdades universalmente válidas, entraña graves consecuencias para la vida en común. Es conveniente valorar serenamente las palabras del Papa que nos enseña que: “Una sociedad es noble y respetable por su cultivo de la búsqueda de la verdad y por su apego a las verdades más fundamentales” (n. 207); “la inteligencia humana puede ir más allá de las conveniencias del momento y captar algunas verdades que no cambian, que eran verdad antes de nosotros y lo serán siempre” (*ibidem*). Si la sociedad no se apoya sobre ellas, pronto sentirá que es la fuerza, el poder y, en definitiva, la violencia, quien impone su ley; el recurso a los derechos fundamentales se interpretará como fruto de una visión del hombre caducada y el concepto de dignidad humana aparecerá a muchos cual una espléndida antigualla. El escepticismo “pilatesco” ante la verdad puede resultar cómodo, pero al fin, se revela una *vía perversa* para la humanidad.

Radiomensaje de 23 de abril de 2021.

Queridos diocesanos:

Caminos de reencuentro, así titula el Papa Francisco el capítulo séptimo de su encíclica *Fratelli tutti*. Se trata de un capítulo eminentemente propositivo. Parte el Pontífice del hecho innegable de la presencia en el mundo de heridas

profundas que siguen siendo motivo de división y de enfrentamientos, y que es preciso hacer cicatrizar generando “procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia” (n. 225).

Los verdaderos y duraderos caminos de reencuentro parten todos de un mismo punto: el compromiso sincero por la verdad: “Sólo desde la verdad histórica de los hechos, dice Francisco, podrán hacer el esfuerzo perseverante y largo de comprenderse mutuamente y de intentar una nueva síntesis para el bien de todos” (n. 226). Es, pues, claro que la falsificación de los hechos, el ocultamiento de parte de los mismos, las interpretaciones partidistas, las visiones idealizadas del pasado, su voluntaria tergiversación, no serán nunca camino para la reconciliación y el reencuentro. Ni siquiera la justicia y la misericordia son suficientes para construirlos. La verdad resulta imprescindible en esa tarea. Verdad, justicia y misericordia deben ir juntas, como dice el Papa; sólo si es así, el reencuentro será auténtico y permanente. Si falta cualquiera de ellas, las otras resultan alteradas, cuando no falseadas. Sólo desde la verdad se hace posible la justicia, y sólo desde ella se deja paso a la misericordia (cfr. n. 227).

Por otro lado, la paz, la reconciliación y el reencuentro se hacen posibles gracias al empeño por “colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad” (n. 232). El respeto y la promoción de la dignidad de la persona se convierten, pues, en el quicio de la justicia social. No basta que callen las armas para que haya paz y quede asegurada. No es suficiente “el acercamiento entre grupos sociales distanciados”. La paz es fruto sobretudo del “compromiso incansable (...) de reconocer, garantizar y reconstruir concretamente la dignidad tantas veces olvidada o ignorada de hermanos nuestros, para que puedan sentirse los principales protagonistas del destino de su nación” (n. 233). Una larga historia de menosprecio y de falta de inclusión social de los más pobres y descartados, está a menudo en el origen de actitudes que llamamos antisociales (cfr. n. 234). “Cuando la sociedad –local, nacional o mundial-, abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad” (n. 235).

En la búsqueda de caminos de reencuentro es imprescindible el interés sincero por el bien común al que *todos* debemos contribuir, sin que sea lícito excluir a nadie que se proponga el bien general por encima de cualquier otro bien más particular (cfr. *ibídem*). El bien que llamamos común es ya un vínculo que une a los hombres; un primer lazo que crea comunión, paz, entendimiento

entre diversos. Cuando el compromiso por el bien común es firme, se ve con mayor claridad la conveniencia, más, la necesidad “de aportar diferentes propuestas técnicas, distintas experiencias”; se hace más fácil entender “que existen diferentes maneras de mirar las dificultades y de resolverlas” y se reconoce “la posibilidad de que el otro aporte una perspectiva legítima, al menos en parte, algo que pueda ser rescatado, aun cuando se haya equivocado o actuado mal” (n. 228). ¡Qué enfoque tan diferente del de quien piensa tener la solución, perfecta y acabada, para terminar con los problemas y alcanzar el bien común! Un enfoque que excluye las aportaciones de los demás, las energías convergentes, los, quizás, pequeños sumandos.

Insistamos en que la arquitectura de paz que el Papa diseña en su encíclica valora mucho las aportaciones de las diversas instituciones de la sociedad, pero también el compromiso de cada uno, pues no será posible el reencuentro y la paz sólo con “el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad” (n.231).

Radiomensaje de 30 de abril de 2021.

Queridos diocesanos:

Este domingo se celebra el “día de la madre”. Otros “días” a lo largo del año son dedicados a causas distintas, en general problemas, enfermedades, situaciones, etc., que interesan a muchos, cuando no a todos sin distinción. A menudo presentan un cierto sabor reivindicativo, en otras ocasiones pretenden llamar la atención y evitar que un determinado problema pierda “presencia” en la conciencia y vida sociales, a veces, poseen el carácter de simple recordatorio de una efeméride, de un personaje o de una gesta, y no faltan los “días” con un marcado y preponderante interés económico.

El “día de la madre” es, de todos los “días” del año, el que reviste con mayor propiedad la nota del agradecimiento que quiere ser reconocimiento, homenaje, tributo de cariño, profesión de amor sincero, humilde acto de restitución de lo mucho, muchísimo recibido de quienes nos han dado el ser.

Seguramente no hay nombre más entrañable, ni palabra más sentida, ni persona más fiable, ni figura más presente en la vida de cada persona que la de la propia madre. Está presente en nuestras vidas; más, está imborrablemente presente “en nuestro mismo ser”. Es la primera palabra que se aprende, la última que se pronuncia y la única que no se olvida nunca,

aunque la enfermedad limite nuestras capacidades hasta hacerlas casi desaparecer. Su muerte se lleva consigo buena parte de nuestro mundo personal, dejando un hueco insustituible.

Celebremos, pues, y rindamos homenaje a nuestras madres, sea que estén ya en el cielo junto a Dios, sea que gocemos todavía de su presencia en este mundo. Que no falten en este día la oración, el recuerdo o el detalle agradecido, en el que se materialice y se haga visible el amor de hijo.

Gracias a Dios, en los últimos decenios ha ido ganando enteros la convicción plena de que la mujer tiene la misma dignidad que el varón, que son iguales los derechos que de ella dimanar; que no le es inferior, aunque sea distinta; que debe gozar de la posibilidad de desarrollar plenamente sus cualidades personales; que su trabajo tiene, al menos, el mismo valor que el de los varones; que debe tener acceso a todas las profesiones y tareas, sin renunciar a su carisma propio, sin imitar a los hombres, impregnándolo todo de las peculiaridades que la enriquecen, le permiten “realizarse” como tal, y constituyen una aportación irremplazable al bien de la familia y de la sociedad.

En el “día de la madre” no es inútil recordar que ningún otro título mueve más al amor; ninguna dignidad pide más alto respeto y veneración; ninguna profesión es causa de superior “orgullo”; ninguna cualidad personal obtiene mayor reconocimiento y ningún sentimiento es comparable al que despierta esta breve invocación: ¡madre! Se ha llamado con razón la atención sobre la importancia que tiene el hecho de que las primeras experiencias del mundo exterior sean de algo amistoso y favorable, de manera que den lugar a la “confianza originaria” de que hablan los psicólogos, que es “lo más importante, dicen, que la educación tiene que hacer”. ¡Cómo contribuye a forjarla el hecho de que sea el rostro amoroso de una madre la primera realidad independiente que el niño encuentra!

Estas consideraciones a propósito del “día de la madre” me traen a la memoria las palabras entusiastas y felices de aquella buena mujer del pueblo que, admirada de la enseñanza del Maestro, alzó su voz diciendo: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron” (Lc 11, 27). ¡Cómo no recordar también las palabras de Jesús en la Cruz! En su entrega plena y total al Padre por nosotros los hombres, no dudó en darnos lo último y más valioso que poseía: nos regaló a su madre haciéndola Madre nuestra. “Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre” (Jn 19, 27).

Mi más cordial felicitación en este día para todas nuestras buenas

madres. ¡Que Dios os bendiga! Y preparémonos para vivir el Mes de María,
Madre de todos los hombres.

2.2 Entrevistas.

Entrevista Cope.

17/02/2021.

A continuación, reproducimos la entrevista realizada el Miércoles de Ceniza al Obispo de Cuenca, Monseñor José María Yanguas, en COPE Cuenca por Noelia Barroso.

¿Qué mensaje le gustaría transmitir a los conguenses con motivo del inicio de la Cuaresma?

Los cristianos, todos los cristianos, necesitamos la Cuaresma, como necesitamos la Semana Santa. Puede haber actos, funciones, procesiones o no haberlas como este y el año pasado por los motivos conocidos, pero necesitamos la Cuaresma. Es preciso que resuene de nuevo en nuestras vidas, en la vida de los cristianos la llamada a la conversión, a revisar nuestra conducta y, sobre todo nuestros corazones. Es del corazón de donde brota lo bueno y lo malo de los humanos. Necesitamos este tiempo de penitencia y de examen para verificar la autenticidad de nuestra vida de cristianos para que no se pueda decir de nosotros lo que el Señor por medio del profeta Isaías decía del pueblo de Israel: este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí, el culto que me da está vacío. Ese sería mi mensaje principal para los nazarenos.

¿Cómo deben llenar los nazarenos el vacío que deja, por segundo año consecutivo, la ausencia de procesiones?

La Junta de Cofradías y las hermandades están preparando algunas actividades que, de alguna manera, sirvan para llenar ese vacío, pero me parece oportuno recordar una vez más que la Semana Santa no son las procesiones, aunque representen un elemento importante de nuestra Semana Santa y para muchos suponga el modo propio que tienen de celebrarla. Sería triste que la representación de los misterios de la pasión, muerte y resurrección del Señor oscureciera o desplazara a un segundo plano aquello que, en la representación, en ella, representa. No celebramos la representación, sino lo que representa la pasión, muerte y resurrección del Señor. Y se celebra no como un simple hecho histórico que dos mil años después no nos afecta gran cosa, al contrario, de esos hechos depende nuestra suerte personal y la de toda la humanidad. Por estos hechos y en ellos tiene lugar nuestra salvación

así que bienvenidas sean esas actividades sin que olvidemos lo que es fundamental y básico en nuestra Semana Santa.

¿Qué valoración hacen desde el obispado de la colaboración realizada por las hermandades con distintas instituciones (religiosas, sociales...) a lo largo de esta etapa de pandemia?

En general la colaboración de la Junta de Cofradías y de las distintas hermandades es muy buena, el ambiente es de franca colaboración, las relaciones son cordiales, la colaboración es efectiva, si no fuera así sería algo antinatural. En el caso concreto la valoración de la actuación de las hermandades en este tiempo de pandemia no puede ser en general más positivo, por ejemplo, en la colaboración con las Cáritas parroquiales, con la recogida de alimentos, la donación de material higiénico...etc. Aprovecho este medio para manifestar mi agradecimiento a todas las hermandades por la labor estupenda que están realizando en estos meses de pandemia.

A su juicio, ¿qué trabajo deben realizar las hermandades a lo largo de este año con el fin de que no pierdan su espíritu dinamizador y evangelizador?

Hay que partir de que las hermandades tienen sus propios estatutos en los que quedan reflejados los fines que constituyen la razón de ser de las hermandades, por eso es importante que los estatutos estén aprobados y que todos los hermanos tengan claro cuáles son los motivos que hacen que se reúnan formando una asociación pública de fieles. Es cierto que el cumplimiento de los fines estatutarios es algo fundamental en la vida de toda asociación, eso no significa que en momentos como los actuales, o de modo habitual, no se puedan perseguir otros fines coherentes como los que figuran en los estatutos. Los lazos de amistad, de fraternidad que se crean en la hermandad pueden ayudar a superar la situación de fragilidad, de abandono, de miedo, de soledad que la pandemia está produciendo. A veces interesarse por el otro, por su familia, con una llamada de teléfono o un rato de conversación pues representa un gesto que rescata del círculo de la soledad, de esa sensación de que nuestra suerte no le interesa a nadie. Pues sí, sí que le interesa, les interesa a tantas personas, a los miembros de nuestra hermandad. El Papa en su mensaje para la Cuaresma de este año nos invita a estar "atentos a decir palabras de aliento, que reconforten, que fortalezcan, que consuelen, que estimulen". Se puede hacer mucho.

Precisamente en esta época de soledad y asilamiento, ¿qué mensaje de esperanza puede trasladar a las hermandades?

La esperanza, como la fe y la caridad, son virtudes, son virtudes sobrenaturales, dones de un Dios que nos ama. Los regalos son demostraciones de afecto, se regala a quien se ama. Nuestra esperanza cristiana se apoya en ese amor de Dios que no nos puede faltar, esa es la roca sobre la que la esperanza se asienta ante cualquier ataque de pesimismo, desaliento o tristeza. Aunque tantas veces los motivos de la tristeza sean bien justificados y bien evidentes como la enfermedad o la muerte. Siempre podemos decir con San Pablo: Si Dios está conmigo, Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? La esperanza crece o se debilita en la medida que aquello o aquel sobre quien se apoya es más firme o más seguro y, en nuestro caso, es el mismo Cristo que ha prometido que estará siempre con nosotros hasta el fin del mundo. Estamos seguros de que Dios no nos abandona, a veces parece que duerme en la barca mientras se mueven las olas y se agita el mar, pero está con nosotros y seguro que no nos abandona y yo espero que el año que vienen, si Dios quiere, podamos celebrar la Semana Santa también con nuestros desfiles procesionales, pero este año celebrémosla con la misma devoción, aunque tengamos que prescindir de ellos.

Entrevista La Tribuna de Cuenca.

25/02/2021.

A continuación, reproducimos la entrevista realizada al Obispo de Cuenca, Monseñor José María Yanguas, por la Tribuna de Cuenca con motivo del XV Aniversario de su Ordenación Episcopal.

“Cuenca me ha permitido conocer otra realidad de la Iglesia”

Un 25 de febrero del 2006 usted tomaba posesión como obispo de la Diócesis de Cuenca. ¿Cómo ha sido este tiempo para D. José María Yanguas? Pues desde aquel entonces han pasado 15 años.

La primera palabra que me viene a los labios como respuesta es intensos. Han sido 15 años vividos intensamente, con dedicación y entrega. Y la primera sensación que los resume es la de un tiempo que ha pasado rápidamente.

¿De esos años, no obstante, qué destacaría tanto en lo positivo como en lo negativo?

Estos 15 años en Cuenca me han permitido conocer la realidad de la Iglesia desde una perspectiva nueva. Los 17 años anteriores pasados en Roma, en la Santa Sede y al servicio del Papa, me permitieron contemplar el misterio de la Iglesia en su estupenda catolicidad, en su unidad y riquísima variedad. En cambio, estos años en Cuenca me han permitido contemplar la misma Iglesia universal pero realizada en una Iglesia particular y en una diócesis con una vida propia, con características bien definidas, afincada en un territorio y arraigada en personas con un modo de ser bien definido.

¿Qué ha supuesto para el obispado y para la misión pastoral que desde el año 2006 Cuenca esté menos habitada?

No es el momento ni disponemos de tiempo para hacer un estudio socio-religioso de estos 15 últimos años en la vida de la Diócesis. De todos modos, pienso que el fenómeno de la despoblación y que, por desgracia, no parece haber tocado fondo, requiere un empeño común, ajeno a partidismos estériles, para encontrar vías eficaces de solución.

Los núcleos habitados ven disminuir su población y aumentar su envejecimiento y son muchos los que no cuentan con ningún joven y tampoco con familias con niños. La vitalidad de muchas comunidades cristianas se ve lastrada por este fenómeno que hace que la actividad pastoral sea casi exclusivamente de mantenimiento. Una tarea que hay que llevar a cabo con ánimo, entrega, espíritu de servicio y cariño humano y sobrenatural por las personas que habitan nuestros pueblos y que, en muchos casos, no alcanzan, ni de lejos, los cien habitantes. Esta realidad, marco de la actividad pastoral diocesana, desde luego plantea nuevos problemas de difícil solución, comenzando por el de la atención a las zonas que más sufren la despoblación.

¿Cree que la Iglesia ha perdido fieles últimamente?

La respuesta requeriría primero aclarar el significado de la palabra fieles. Todo el mundo pensará que conoce su exacto significado, pero no estoy seguro de que así sea. Si por fiel se entiende sin más aquel que aparece registrado en el libro de Bautismos, es claro que, desgraciadamente, ha disminuido el número de los bautizados. No es infrecuente que padres que se consideran cristianos ya no bauticen a sus hijos. Pero cuando decimos fiel entendemos aquella persona que cree en Jesucristo y se esfuerza por seguir

sus pasos y vivir como Él, entonces no pienso que el número de los fieles haya disminuido.

¿Cómo están las vocaciones? ¿Cómo se reparte la provincia en cuanto a los sacerdotes?

En cuanto al número de las vocaciones, estamos un tanto escasos en números absolutos, aunque frente a las demás diócesis la situación es bastante buena como para asegurar cierto relevo generacional. En estos momentos contamos con 10 seminaristas mayores. Es cierto que hemos de olvidarnos de situaciones anteriores en que muchos pueblos podían beneficiarse de la presencia estable del sacerdote. Hoy esto no es posible y un mismo sacerdote debe ocuparse de la cura pastoral de varios núcleos de población. La Diócesis cuenta con 130 sacerdotes en activo para una población de algo menos de 178.000 católicos, repartidos en 326 parroquias (algunas con un número verdaderamente exiguo de fieles). Los números no son dramáticos, pero todo el pueblo cristiano debe orar perseverantemente al Señor para que no nos falten vocaciones al sacerdocio.

Sobre el patrimonio eclesial, ¿qué podría decirnos? ¿Cómo está?

El cuidado del patrimonio es una de las preocupaciones constantes en el gobierno de muchas diócesis españolas, por la abundancia y riqueza del mismo. El patrimonio es motivo de continua atención, aunque la que necesita es siempre más de la que se le puede dar. A la hora de elaborar los presupuestos de cada año, el capítulo de gastos correspondiente a patrimonio es muy elevado y resulta complicado atender de manera equilibrada a todas las necesidades, espirituales y materiales. A lo largo de estos 15 años, la colaboración de la Diputación y de muchos alcaldes en el cuidado del patrimonio religioso ha sido muy positiva, sin que haya importado el 'color' político, por así decirlo, de quien estuviera a su frente. Por ello, aprovecho esta circunstancia para agradecer a los diversos presidentes que he conocido al frente de la Diputación su sensibilidad para con el cuidado del patrimonio religioso, casi el único con el que cuentan muchos de nuestros pueblos, especialmente, por otra parte, los más pequeños.

Al margen de lo anterior, ¿cómo se va a celebra la Semana Santa de nuevo sin procesiones?

La celebración litúrgica no variará con respecto a otros años, aunque la

limitación en el aforo de los templos y las medidas sanitarias vigentes, si no cambian, condicionarán la presencia de los fieles que no podrá ser tan importante como otros años. Espero que las condiciones generales mejoren y que las autoridades adecúen de manera razonable las medidas relativas a las actividades religiosas con las de las cambiantes situaciones sanitarias, evitando las actuaciones caprichosas e irracionales, por tanto, injustas e irrespetuosas, si no decididamente contrarias, con un derecho fundamental como es el de culto.

¿Cómo se lleva el coronavirus a nivel eclesiástico?

El coronavirus se ha cobrado sus víctimas también entre los sacerdotes y también se han sufrido sus consecuencias en alguno de los conventos de la Diócesis. Han muerto ocho sacerdotes a causa probablemente de la pandemia. Se trata en su mayor parte de personas con más de ochenta años. Permítame que me sirva de este medio para agradecer de manera particular a los sacerdotes en general y en particular a los capellanes del Hospital, la dedicación de la que han hecho gala en estos meses, de su espíritu de iniciativa, de su cercanía a los enfermos y a sus familiares y de la compañía que han prestado en momentos difíciles, como han sido los entierros de muchos fieles, en los que se han encontrado solos con los empleados de los servicios funerarios.

¿Se ve el horizonte de la vacuna?

Ignoro por completo cómo se desarrollarán las cosas en los próximos meses. Espero que la vacuna sea el freno que todos deseamos para la pandemia. Espero que todos podamos recibir pronto las dosis adecuadas y nos veamos libres del virus en breve. Todas las llamadas de atención a la prudencia y la vigilancia son pocas. Una y otra son exigencia de un mínimo sentido de responsabilidad y representan un verdadero deber moral.

¿Qué consuelo daría a los conguenses en estos tiempos de pandemia?

En estos momentos necesitamos un mensaje de esperanza que nos dé algo de la seguridad que nos falta. Los científicos nos dan razones para que esperemos el resultado de su ciencia. Los cristianos sabemos, además, que, junto a las esperanzas humanas, está aquella otra que tiene su fundamento en Dios. La esperanza como virtud sobrenatural es un don del Dios que nos ama, aunque en estos momentos nos resulte más difícil aceptarlo. Siempre podemos decir que «si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?». Esa

certeza es nuestra seguridad.

Ya para terminar, ¿qué ha conllevado para la Iglesia la llegada del Papa Francisco?

Cada Pontífice marca con una «impronta», en parte nueva, la actividad de la Iglesia universal. Es algo natural y, a mi modo de ver, un bien para toda la Iglesia que, por su catolicidad rechaza identificarse con un molde italiano, español, polaco, alemán o argentino. Cada Papa es diferente del anterior, no sólo por sus cualidades personales, por su formación, por su historia, sino también porque es hijo de su tiempo, de una tradición eclesial y de una experiencia pastoral distinta. El Papa viene de Argentina, una nación relativamente nueva, inserta en la realidad cultural, social, económica, eclesial de la América Latina, que aún con algunas raíces europeas, sin embargo, es algo distinta de Europa. No son iguales los problemas, ni lo son las preocupaciones e intereses. El Papa lleva consigo el modo de ser y de ver las cosas de su propia tierra. De ahí que, junto a los intereses que diríamos más específicamente religiosos, le preocupen de manera especial asuntos relativos a la justicia internacional o a las relaciones norte-sur, entre otras.

¿Qué piensa de sus mensajes sociales o ambientales?

Ninguno de ellos presenta una radical novedad. Continúa las líneas trazadas por los Papa anteriores, particularmente desde San Juan XXIII. Lo demuestra el repetido recurso a sus enseñanzas, que pueblan los escritos de Francisco. Cuando el Papa dice, por ejemplo, que el principio del uso común de los bienes de la tierra es el primer principio de todo el ordenamiento social, que es un derecho original y prioritario y que, por tanto, los demás derechos, incluido el de la propiedad privada, no deben estorbar sino facilitar su realización, no hace sino recordar enseñanzas de San Pablo VI y San Juan Pablo II.

3. Agenda del Sr. Obispo

Enero de 2021

Día

2. Trabajo de despacho.
3. Trabajo de despacho.
4. Trabajo de despacho. Audiencia.
5. Trabajo de despacho. Audiencia.
7. Trabajo de despacho.
8. Trabajo de despacho.
9. Trabajo de despacho.
10. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
11. Trabajo de despacho. Audiencia.
12. Trabajo de despacho.
13. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
14. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
15. Trabajo de despacho.
16. Trabajo de despacho. Audiencia.
17. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
18. Trabajo de despacho. Preside la reunión del Consejo de Gobierno.
19. Trabajo de despacho.
20. Trabajo de despacho.
21. Trabajo de despacho. Audiencia.
22. Trabajo de despacho. Audiencia.
23. Trabajo de despacho.
Preside un encuentro de oración con los hermanos de la Iglesia Ortodoxa de Cuenca.
24. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
25. Trabajo de despacho. Audiencias (3).
26. Trabajo de despacho.
27. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Julián (Cuenca) con motivo del Aniversario de la Consagración del templo.
28. Celebra la Santa Misa Solemne de San Julián en la Catedral de Cuenca.
29. Trabajo de despacho.

30. Trabajo de despacho. Preside la reunión del Consejo de Cáritas Diocesana.
31. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
Reza un responso en el tanatorio por el Rvdo. Sr. D. César Arcas Sanz.

Febrero de 2021

Día

1. Trabajo de despacho. Audiencia.
2. Trabajo de despacho.
3. Trabajo de despacho.
4. Trabajo de despacho.
5. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
6. Trabajo de despacho.
7. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
Preside las Vísperas Solemnes con motivo de la Jornada de la Vida Consagrada en el convento de las Concepcionistas Franciscanas de Cuenca.
8. Trabajo de despacho.
9. Trabajo de despacho.
10. Trabajo de despacho.
11. Trabajo de despacho.
Celebra la Santa Misa con la Hospitalidad Diocesana de Lourdes en la parroquia de San Esteban.
12. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Esteban de Cuenca y participa en el lanzamiento de la Campaña de Manos Unidas.
13. Trabajo de despacho.
14. Trabajo de despacho.
Celebra un funeral en la parroquia de Belmonte.
15. Trabajo de despacho. Audiencia.
16. Trabajo de despacho. Preside la reunión del Consejo de Órdenes.
17. Trabajo de despacho. Realiza una entrevista para la radio.
Celebra la Eucaristía de Imposición de Ceniza con los miembros de la Junta de Cofradías en el convento de las Concepcionistas Franciscanas de Cuenca.
18. Trabajo de despacho. Participa en la reunión telemática de la Comisión de Asuntos Jurídicos de la CEE.

19. Trabajo de despacho.
Celebra la Santa Misa y preside el Vía Crucis de la Ilre. y Vble. Hdad. de Nuestro Padre Jesús Amarrado a la Columna en la parroquia de Ntra. Sra. de la Luz (Cuenca).
20. Trabajo de despacho. Participa y celebra la Eucaristía en el Encuentro de Parroquia, Familia y Escuela en la parroquia de San Fernando (Cuenca).
21. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
22. Trabajo de despacho. Audiencia. Celebra la Misa exequial por el Rvdo. Sr. D. Lorenzo Arellano Toledo en la parroquia Ntra. Sra. de la Paz (Cuenca). Preside la reunión del Consejo de Gobierno.
23. Viaje de tarea episcopal.
24. Trabajo de despacho.
25. XV Aniversario de su Consagración Episcopal. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía en el Seminario.
26. Trabajo de despacho.
27. Trabajo de despacho.
28. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.

Marzo de 2021

Día

1. Trabajo de despacho. Viaja a Villanueva de la Jara.
2. Trabajo de despacho.
3. Trabajo de despacho.
4. Trabajo de despacho. Audiencia. Participa en la reunión de la Fundación Espacio Torner en el Ayuntamiento de Cuenca.
5. Trabajo de despacho.
6. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía y bendice la imagen procesional de la Cruz Desnuda de Jerusalén de la Inclita y Vble. Hdad. de Nuestro Padre Jesús Nazareno en la parroquia Ntra. Sra. de la Asunción de Tarancón (Cuenca).
7. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
8. Trabajo de despacho.
9. Viaje de tarea episcopal.
10. Trabajo de despacho. Audiencias (2). Preside la reunión del Consejo Rector de la Casa Sacerdotal.

11. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía por la madre del Rvdo. Sr. D. Ángel Luis Estecha González en la parroquia de Santa Cruz de Moya (Cuenca).
12. Trabajo de despacho. Audiencia.
13. Trabajo de despacho.
14. Celebra la Eucaristía en el 75 Aniversario de la aprobación de los estatutos de la Hdad. del Santísimo Cristo de la Viga en la parroquia de Villamayor de Santiago (Cuenca).
15. Trabajo de despacho. Preside la reunión del Consejo de Gobierno.
16. Trabajo de despacho. Audiencia.
17. Trabajo de despacho. Audiencia.
18. Trabajo de despacho. Participa en la reunión telemática de la Comisión de Asuntos Jurídicos de la CEE.
19. Trabajo de despacho. Participa en la Inauguración de las Exposiciones de la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Cuenca.
Celebra la Eucaristía y administra los Ministerios de Lector (dos candidatos) y Acolitado (dos candidatos) en la parroquia de San Esteban (Cuenca).
20. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía con las familias participantes en los Ejercicios Espirituales para Familias organizados por la Delegación de Familia y Vida en la parroquia de San Fernando (Cuenca).
21. Trabajo de despacho. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
22. Trabajo de despacho.
23. Trabajo de despacho.
Participa en la reunión telemática de Obispos y Vicarios Generales de la Provincia Eclesiástica de Toledo.
24. Trabajo de despacho.
Preside la reunión de la Comisión para el Plan Pastoral 2019-2022.
25. Trabajo de despacho. Audiencia.
Celebra la Eucaristía por la Vida en la parroquia de San Esteban (Cuenca).
26. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía en el santuario de Ntra. Sra. la Virgen de las Angustias, patrona de la Diócesis de Cuenca.
27. Trabajo de despacho.
28. Domingo de Ramos. Celebra la Eucaristía en la Catedral.
29. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía en la Catedral junto a varios hermanos de la Muy Ilustre y Vble. Hdad. Penitencial del Santísimo Cristo de la Vera Cruz.

30. Trabajo de despacho.
31. Trabajo de despacho. Celebra la Misa Crismal en la Catedral.

Abril de 2021

Día

1. Jueves Santo. Celebra la liturgia permitida en este día por el fallecimiento del Rvdo. Sr. D. José Luis Benito Huete en la parroquia de Villalba del Rey (Cuenca).
Celebra los Santos Oficios (Misa de la Cena del Señor) en la Catedral.
2. Viernes Santo. Celebra los Santos Oficios (Pasión y muerte del Señor y Adoración de la Cruz) en la Catedral.
3. Sábado Santo. Celebra la Vigilia Pascual en la Catedral.
4. Domingo de Resurrección. Celebra la Eucaristía de Resurrección en la Catedral.
5. Trabajo de despacho.
6. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
7. Trabajo de despacho. Audiencia.
8. Trabajo de despacho. Audiencia.
9. Trabajo de despacho.
10. Trabajo de despacho.
Visita a los matrimonios que participan en el retiro organizado por la Delegación de Familia y Vida.
11. Trabajo de despacho.
Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Clemente.
12. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
13. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
14. Trabajo de despacho. Audiencias (3).
15. Trabajo de despacho.
16. Trabajo de despacho. Audiencias (2).
17. Trabajo de despacho. Audiencias.
Celebra la Eucaristía y administra el Sacramento de la Confirmación en la parroquia de Ntra. Sra. de la Paz (Cuenca).
18. Trabajo de despacho.
- 19-23. Participa en la CXVII Asamblea Plenaria de Obispos de la CEE en Madrid.
24. Trabajo de despacho.

Asiste a la inauguración de la Exposición de Semana Santa, "Procesión 2021", en la Catedral.

25. Trabajo de despacho.

26. Trabajo de despacho. Preside la reunión del Consejo de Gobierno.

27. Trabajo de despacho. Audiencias (3).

28. Trabajo de despacho.

29. Trabajo de despacho.

30. Trabajo de despacho.

Celebra la Eucaristía y administra el Sacramento de la Confirmación en la parroquia de Buenache de Alarcón.

CURIA DIOCESANA

I.- CANCELLERÍA

1) Decretos

Prot. n.º 137/21

**NOS, DOCTOR DON JOSÉ MARÍA YANGUAS SANZ,
Por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Cuenca,**

Vista la solicitud del P. José Granados García, Superior General del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María*, con Sede principal en esta diócesis de Cuenca, con la que pide el traslado de dicha Sede a la archidiócesis de Madrid,

Habida cuenta de que es en Madrid donde la vida y la actividad apostólica de los *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María* ha ido concentrándose cada vez más a lo largo de los años; que en Madrid tiene también su sede principal la Asociación Pública de Fieles *Familias de Betania*, asociada al Instituto; que es en esa archidiócesis donde tienen y dirigen los colegios *Stella Maris* y *Stella Maris College*; y que ahí tienen a su cargo la parroquia de *Santa Josefa del Sagrado Corazón*, colaborando como capellanes de la *Comunidad de Formación de la Compañía del Salvador* y de la Congregación Mariana *Mater Salvatoris*, ambas en la archidiócesis de Madrid,

Considerando que el Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid ha comunicado a los *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María* que está dispuesto a acoger a dicho Instituto en su archidiócesis,

Teniendo presente que el pasado 18 de febrero de 2021, en sesión extraordinaria del Consejo General de los *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María*, se aprobó por unanimidad solicitar el traslado en cuestión,

Previa consulta y parecer favorable de los organismos diocesanos

competentes, y no existiendo al respecto nada contrario a derecho, en virtud de Nuestras Facultades Ordinarias, por el presente

DECRETO

Autorizamos el traslado de la Sede principal del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María* de la diócesis de Cuenca a la archidiócesis de Madrid.

Una vez que el Sr. Arzobispo de Madrid autorice y acepte dicho traslado, el mencionado Instituto pasará a depender canónicamente a todos los efectos del Sr. Arzobispo de Madrid en cuanto Obispo de la Sede principal.

Comuníquese el presente Decreto al Sr. Arzobispo de Madrid y al Presidente del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María*, consérvese copia en el archivo de la Curia diocesana y publíquese en el Boletín Oficial de la diócesis.

Dado en Cuenca, a dieciséis de marzo de dos mil veintiuno.



+ J. M. Yanguas Sanz
Obispo de Cuenca

✠ JOSE MARÍA YANGUAS SANZ
Obispo de Cuenca

Por mandato de S. E. R.
El Canciller Secretario

Lic. D. Declan Huerta Murphy

Prot. n.º 154/21

**NOS, DOCTOR DON JOSÉ MARÍA YANGUAS SANZ,
Por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Cuenca,**

Vista la solicitud de la H. Olga María Leticia MONTERO GRANADOS, Directora General de las *Misioneras de las Doctrinas Rurales*, Asociación Pública de Fieles con Sede principal en esta diócesis de Cuenca, con la que pide el traslado de la misma a la diócesis de Málaga,

Teniendo presente que el 8 de abril 2021, en sesión extraordinaria del Consejo de las *Misioneras de las Doctrina Rurales* se acordó, por unanimidad, solicitar el traslado en cuestión,

Habida cuenta de que fue precisamente en la diócesis de Málaga donde nacieron las *Misioneras de las Doctrinas Rurales*; que allí fue donde se tuvieron las primeras *Doctrinas*; que allí se conservan los sepulcros de los Fundadores, el Beato Tiburcio Arnaiz Muñoz y la Sierva de Dios María Isabel González del Valle Sarandeses, y que allí están introducidos sus procesos de Canonización; que en Málaga tiene la Asociación el domicilio fiscal (c/ Brahms 7); que la localización, en fin, de la Sede principal en la diócesis de Cuenca es meramente formal, aunque en ella hayan desarrollado loablemente varias actividades pastorales;

Una vez que el Excmo. Sr. Obispo de Málaga ha comunicado a las *Misioneras de las Doctrinas Rurales* su voluntad de acoger dicha Asociación en su diócesis, habiéndonos confirmado personalmente su decisión,

Prevía consulta y parecer favorable de los organismos diocesanos competentes, y no existiendo al respecto nada contrario a derecho, en virtud de nuestras facultades ordinarias, por el presente

DECRETO

Autorizamos el traslado de la Sede principal de la Asociación Pública de Fieles *Misioneras de las Doctrinas Rurales* de esta diócesis de Cuenca a la diócesis de Málaga.

Una vez que el Excmo. Sr. Obispo de Málaga autorice y acepte dicho traslado, la citada Asociación pasará a depender canónicamente del mismo, a todos los efectos.

Dese traslado del presente Decreto al Excmo. Sr. Obispo de Málaga y a la Directora General de la Asociación Pública de Fieles *Misioneras de las Doctrinas Rurales*, consérvese copia en el archivo de la Curia diocesana y publíquese en el Boletín Oficial de esta diócesis.

Dado en Cuenca, a veintiséis de abril de dos mil veintiuno.



✠ JOSE MARÍA YANGUAS SANZ
Obispo de Cuenca

Por mandato de S. E. R.
El Canciller Secretario

Lic. D. Declan Huerta Murphy

2) Asociaciones

Se han aprobado los Estatutos y se ha erigido canónicamente a la siguiente Asociación Pública de Fieles:

- **Hermanad de San José**, de Mota del Cuervo, con Decretos de 24 de febrero de 2021.

Se han confirmado los cargos de las siguientes Asociaciones:

- **Sr. D. Gonzalo Domínguez Garrido** como Presidente de la Hermanad de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Salud, de Tarancón, con Decreto de 22 de abril de 2021.
- **Sr. D. Alberto Muro y Castillo** como Maestre del Muy Ilustre Cabildo de Caballeros de Cuenca, con Decreto 20 de abril de 2021.

3) Presbíteros

3.1 Nombramientos

- **Rvdo. D. José María Alcázar Aranda**, Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana de Cuenca, por un tiempo de cuatro años, con Decreto de 12 de abril de 2021.
- **Rvdo. D. Arturo Candela Rodríguez**, Asesor Espiritual de la Renovación Carismática Católica en España para la Diócesis de Cuenca, con Decreto de 26 de febrero de 2021.
- **Ilmo. Sr. D. José Antonio Fernández Moreno**, Deán-Presidente del Cabildo de Canónigos de la Santa Iglesia Catedral Basílica de la ciudad de Cuenca, con Decreto de 10 de marzo de 2021.
- **Rvdo. D. Pedro José Ruíz Soria**, Portador de las actas del procedimiento de la Causa de la Sierva de Dios Alicia Gómez Jareño, con Decreto de 4 de enero de 2021.
- **Rvdo. D. Daniel Sanz Valencia** Capellán de la Venerable Hermandad de Nuestro Padre Jesús Caído y la Verónica, de la Parroquia de San Fernando, de la ciudad de Cuenca, con Decreto de 15 de abril de 2021.
- **Rvdo. P. Juan María Sellas Vila, mCR**, Administrador Parroquial de las parroquias de Villar de Domingo García, La Ventosa, Culebras, Valdecañas y Noheda, con todas las facultades propias del oficio de Párroco, con Decreto de 5 de marzo de 2021.

3.2 Defunciones

- El 31 de enero de 2021 falleció el **Rvdo. D. César Arcas Sanz**. Se celebró Misa Exequial en la Parroquia de la Inmaculada Concepción, de Villar del Horno.
- El 21 de febrero de 2021 falleció el **Rvdo. D. Lorenzo Arellano Toledo**. Se celebró Misa Exequial en la Parroquia de Nuestra Señora de la Paz, de la ciudad de Cuenca.
- El 31 de marzo falleció el **Rvdo. D. José Luis Benito Huete**. Se celebró Rito Exequial en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, de Villalba del Rey.

¡Descansen en Paz!

4) Cáritas Diocesana

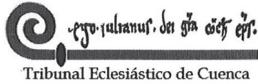
- Se ha nombrado Director de Caritas Diocesana de Cuenca al **Sr. D. Pedro Bordallo Cordero**, por un tiempo de cuatro años, con Decreto de 29 de enero de 2021.
- Se ha nombrado Secretaria General de Cáritas Diocesana de Cuenca a la **Sra. Dña. María Paz Ramírez López**, por un tiempo de cuatro años, con Decreto de 12 de abril de 2021.

5) Órdenes y Ministerios

El 19 de marzo de 2021, a las 17:00 horas, en la parroquia de San Esteban, de la ciudad de Cuenca, S.E.R. Mons. José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca, confirió ministerios a los siguientes candidatos:

Lectorado:	Sr. D. Felipe de Juan Juárez	Seminario Conciliar
	Sr. D. César García Pérez	Seminario Conciliar
Acolitado:	Sr. D. Carlos Herraiz Ayllón	Seminario Conciliar
	Sr. D. Francisco Miguel Martínez Ruiz	Seminario Conciliar

II.- VICARÍA JUDICIAL



Causa Nulidad matrimonial:
"GARRIDO-PRIEGO"

D^a MIRIAM OLIVARES SANTAMARÍA, COMO NOTARIO DEL
TRIBUNAL ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE CUENCA;

DOY FE Y TESTIMONIO de que este Tribunal Eclesiástico **declaró nulo** por sentencia de 3 de marzo de 2021 el matrimonio canónico contraído entre D. GONZALO PRIEGO VELÁZQUEZ y D^a. SONIA GARRIDO GUIJARRO el 27 de septiembre de 2008 en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Natividad de Arcas perteneciente a la Diócesis de Cuenca.

Dicha sentencia es firme y ejecutiva en derecho (c. 1679), según así resulta y es de ver en los autos de referencia, a los cuales me remito.

En Cuenca, a 25 de marzo de 2021.

D^a MIRIAM OLIVARES SANTAMARÍA, COMO NOTARIO DEL
TRIBUNAL ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE CUENCA;

LA NOTARIO

DOY FE Y TESTIMONIO de que este Tribunal Eclesiástico **declaró nulo** por sentencia de 3 de marzo de 2021 el matrimonio canónico contraído entre D. GONZALO PRIEGO VELÁZQUEZ y D^a. SONIA GARRIDO GUIJARRO el 27 de septiembre de 2008 en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Natividad de Arcas perteneciente a la Diócesis de Cuenca.

Vº. Bº.

Dicha sentencia es firme y ejecutiva en derecho (c. 1679), según así resulta y es de ver en los autos de referencia, a los cuales me remito.

En Cuenca, a 25 de marzo de 2021.

D. Ángel Zamora Hernández



III. VIDA DIOCESANA.

Oración ecuménica junto a la comunidad ortodoxa de Cuenca.

23/01/2021.

Con motivo de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, en la tarde del sábado, 23 de enero, el Obispo de Cuenca, Monseñor José María Yanguas y algunos sacerdotes más participaron en una oración ecuménica junto con la comunidad ortodoxa de Cuenca, en la ermita de San Antonio "el Largo" (Cuenca).

Comunicado de la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Cuenca: Suspensión de las procesiones de la Semana Santa de Cuenca de 2021 por la COVID-19

26/01/2021.

La Junta de Cofradías, institución organizadora de la Semana Santa de Cuenca, con el parecer favorable del Sr. Obispo de la diócesis, ante la situación actual de emergencia sanitaria provocada por la pandemia de COVID-19 y ante el desarrollo previsto, ha decidido de manera unánime suspender todos los desfiles procesionales de la Semana Santa de Cuenca y los actos públicos, como el Pregón, relacionados con los mismos.

La decisión, dolorosa pero responsable, se toma por segundo año consecutivo ante las extraordinarias circunstancias que vive nuestro país a causa de la pandemia de la COVID-19, con el fin de minimizar los riesgos de contagio de la enfermedad y en beneficio de los ciudadanos. Es también objetivo de esta suspensión continuar dando cumplimiento, como hasta ahora, a las medidas y recomendaciones establecidas por las Autoridades Sanitarias para contener la pandemia. La obligación cívico-moral de contribuir al bien común, la salud pública en este caso, concierne a todos.

Una vez más aprovechamos para agradecer la extraordinaria labor que están realizando tanto en Cuenca como en el resto del país los profesionales

del sistema sanitario, así como los de otros sectores que prestan servicios de primera necesidad por el bien común. De igual manera lamentamos vivamente las consecuencias negativas de carácter religioso, emocional y también económico que la suspensión de los desfiles procesionales podrá tener para no pocas personas; pero el bien de la salud pública y el interés general han obligado a tomar esta decisión.

En los próximos días, la Junta de Cofradías presentará el programa de actividades alternativo en el que se está trabajando desde la institución y con el que se tratará de paliar, en la medida de lo posible, el impacto de la suspensión de los desfiles procesionales.

Cuenca a 26 de enero de 2021.

Actos con motivo de la festividad de San Julián, patrón de la ciudad y la Diócesis de Cuenca.

28/01/2021.

El 27 de enero, día anterior a la festividad de San Julián, se celebraron, a las 17:30 horas, en el Altar Mayor de la Catedral, las primeras vísperas de San Julián. Además, a las 19 horas el Obispo de Cuenca, Monseñor José María Yanguas presidió la Misa y el Triduo en la parroquia de San Julián, fecha que además coincide con el día de la consagración del templo como Parroquia de San Julián hace ya 14 años.

El día de San Julián, 28 de enero, el Sr. Obispo ofició la Misa Mayor de San Julián a las 17:30 horas en el Altar Mayor de la Catedral.

En todas las celebraciones se tuvieron en cuenta las medidas de seguridad sanitaria establecidas en el nivel 3 reforzado en el que se encontraba Cuenca debido a la pandemia. Aforos, distancia de seguridad, uso obligatorio de gel hidroalcohólico, mascarilla, etc.

En el caso de la Catedral el aforo estaba limitado a 110 personas (40 por ciento de la capacidad total). Las dos ceremonias pudieron seguirse en directo por el canal de YouTube de la Catedral.

Por otro lado, desde la parroquia de San Julián, en el barrio de Fuente del Oro, se honró al Patrón con un Triduo que se celebró de lunes a miércoles,

y, el día de San Julián, la misa en su honor se celebró a las 19 horas, quedando suspendido el tradicional reparto de caridad y la procesión por las calles del barrio con la imagen del Santo. Tanto el último día del Triduo, la Misa Aniversario de Consagración y la Misa de San Julián pudieron seguirse de forma presencial (hasta completar el aforo) y a través del canal de YouTube de la parroquia.

Todos los actos del Patrón en la ermita de San Julián el Tranquilo fueron suspendidos.

Nombramiento del nuevo Director de Cáritas Diocesana de Cuenca.

30/01/2021.

En la mañana del sábado, 30 de enero, el Obispo de Cuenca, Monseñor José María Yanguas, ha presidido el nombramiento del nuevo Director de Cáritas Diocesana de Cuenca, D. Pedro Bordallo Cordero. Tanto el Sr. Obispo como los miembros de Cáritas han agradecido al director saliente D. José Martín Valliriáin su trabajo, entrega y dedicación durante estos años.

El Director de Cáritas Diocesana de Cuenca es designado por el Obispo como representante legal de la entidad ante organismos, personas jurídicas y físicas.

Don José María Yanguas ha nombrado a Pedro Bordallo como nuevo director de Cáritas Diocesana de Cuenca. Bordallo, de 67 años de edad, ha desarrollado su actividad profesional en distintos puestos de responsabilidad del Hospital Virgen de la Luz de la capital conquense. Voluntario de Cáritas desde hace 3 años, donde ha desempeñado su actividad como Director del Economato Emaús de Cáritas Arciprestal de Cuenca. También ha estado muy vinculado a Acción Católica Juventud y a los campamentos juveniles que desde hace muchos años organizan en conjunto varias parroquias de Cuenca.

Con este relevo, José Martín Valliriáin finaliza su periodo en el cargo como director de Cáritas Diocesana, puesto que ocupa desde finales de 2016. Durante estos cuatro años, Martín Valliriáin ha trabajado desde el compromiso católico para hacer frente a las realidades de mayor vulnerabilidad que nos encontramos en nuestra diócesis. En este tiempo, ha desempeñado su papel con el objetivo de visibilizar el trabajo que desarrolla la Iglesia en beneficio

de los últimos y no atendidos. En palabras de Don José María Yanguas, el director saliente ha trabajado en beneficio de la acción caritativa de la diócesis y agradece a Pedro Bordallo la implicación tomando el testigo en el desempeño de este cargo.

El nuevo director ha asegurado que trabajará en una línea continuista, siempre en beneficio de las personas más empobrecidas, con el objetivo de que se puedan ver cumplidos sus derechos sociales.

XV Aniversario de la Consagración Episcopal de Monseñor José María Yanguas.

25/02/2021.

Hoy es un día de alegría y agradecimiento para la Diócesis de Cuenca al celebrar el XV Aniversario de la Consagración Episcopal de Monseñor José María Yanguas. En este día especialmente rezamos por él y le damos gracias a Dios por tenerlo como pastor.

Hace 15 años, el 25 de febrero de 2006, en la Catedral de Cuenca se celebró la Consagración Episcopal de nuestro querido Obispo, Monseñor José María Yanguas. En una ceremonia a la que asistieron obispos, miembros del Cabildo, sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas y un gran número de fieles de toda la Diócesis. Quienes quisieron así dar la bienvenida y mostrar su cariño a su nuevo Obispo. Además, contó con la presencia de autoridades civiles y militares.

Monseñor José María Yanguas recibió la Consagración Episcopal de manos del Cardenal Antonio Cañizares en una hermosa ceremonia en la que la Catedral de Cuenca se quedó pequeña para acoger a las más de 2.000 personas que ese día asistieron para acompañar a D. José María.

Elecciones del Cabildo de la Catedral de Cuenca.

06/03/2021.

El sábado, 6 de marzo de 2021, el Cabildo de la Catedral de Cuenca en Sesión Ordinaria celebró la votación para la elección de los cargos de dicho Cabildo.

Comprobado el listado de Canónigos con derecho a voto y constituida la mesa procedieron a la votación los canónigos en activo presentes. Tras la votación fueron elegidos los siguientes Canónigos:

Deán: D. José Antonio Fernández Moreno.

Secretario: D. Declan Huerta Murphy.

Apuntador: D. Ildelfonso Martínez Martínez.

Consejeros: D. Antonio Fernández Ferrero y D. Declan Huerta Murphy. Además, y por Estatutos, también es Consejero del Deán el Capellán Mayor.

Comisión de Protocolo: D. Ildelfonso Martínez Martínez. Además, y por Estatutos, también pertenece a esta Comisión el Capellán Mayor.

Dichos cargos tienen una duración de cinco años.

Los seminaristas de Cuenca protagonistas del cartel del Día del Seminario 2021.

19/03/2021.

El próximo 19 de marzo, solemnidad de San José, se celebra el Día del Seminario. Este año bajo el lema, "Padre y hermano, como san José". Este año la Conferencia Episcopal Española ha seleccionado una foto de los seminaristas de Cuenca para ilustrar el cartel anunciador de este día.

En las comunidades autónomas en las que no es festivo, se celebra el domingo más cercano. En este caso, el 21 de marzo.

El objetivo de esta jornada es reflejar la figura de San José, en los sacerdotes, en un año en el que, si cabe, este santo ha tomado un mayor protagonismo tras declarar el Papa el Año de San José.

¿Cuál es el mensaje?

La Subcomisión Episcopal de Seminarios destaca en su reflexión teológica, que, bajo el cuidado de San José, los sacerdotes son enviados a cuidar la vida de cada persona, con el corazón de un padre, sabiendo además, que, cada uno de ellos es su hermano.

Retiro para matrimonios del Proyecto Amor Conyugal en Cuenca.

9-11/04/2021.

Desde el viernes 9 de abril hasta el domingo 11 de abril, en el hotel Cueva del Fraile ha tenido lugar el primer retiro del Proyecto Amor Conyugal en Cuenca, en colaboración con la Delegación de Familia y Vida, para esposos unidos por el Sacramento del matrimonio.

Los matrimonios participantes en este Retiro, pudieron redescubrir a través de las Catequesis de San Juan Pablo II y la Exhortación apostólica "Amoris Laetitia" del Papa Francisco, la verdad del matrimonio y la alegría del amor.

Pudimos contar en esta ocasión con los fundadores de este proyecto José Luis Gadea y Magüi Gálvez, que nos mostraron la belleza del matrimonio cristiano a través de charlas y testimonios muy experienciales.

También recibimos la visita de nuestro obispo, D. José María Yanguas.

Inauguración de la exposición "Procesión 2021: Homenaje a la Semana Santa de España".

24/04/2021.

El Obispo de Cuenca, Monseñor José María Yanguas ha asistido en la Catedral, al acto oficial de inauguración de la exposición "Procesión 2021: Homenaje a la Semana Santa de España", organizada por Junta de Cofradías de Cuenca y la Junta Pro Semana Santa de España.

Durante su intervención el Sr. Obispo ha subrayado: "No hay mal que no tenga una cara buena: pues esta exposición es la cara buena de este año malo de pandemia que nos acompaña".

Además, Monseñor José María Yanguas ha declarado: "El ayuno de procesiones de estos dos años hace que las esperemos con más ganas. Que podamos celebrarlas el año que viene, caminando por las calles".

La muestra, única en su género, llega a su XI edición en 2021 y es una de las más espectaculares de cuantas se organizan con la Semana Santa

como tema principal. Entre las piezas expuestas, destaca la presencia de la talla de Ntro. Padre Jesús Cautivo de España.

“Procesión 2021: Homenaje a la Semana Santa de España” se podrá visitar del 25 de abril al 23 de mayo, en horario ininterrumpido, de jueves a domingo, de 10:00 a 19:00h.

In memoriam:

Rvdo. Sr. D. César Arcas Sanz.

31/01/2021

«Para el recuerdo»

César Arcas nace en Villar del Horno (Cuenca), el 24 de Mayo de 1947, en una familia cristiana, humilde y trabajadora, pasando sus primeros años y realizando sus primeros estudios en la escuela de su pueblo, como un niño más y participando en la parroquia en el grupo de monaguillos; allí es invitado a ingresar en el Seminario de Uclés, cosa que tiene lugar en septiembre de 1959; en él realiza los cinco años de Latín y Humanidades satisfactoriamente, pasando al final de ellos al Seminario Conciliar de San Julián de Cuenca, para cursar los tres cursos de Filosofía y los cuatro de Teología reglamentarios, al mismo tiempo que madura en su vocación y en la adquisición de todas las virtudes y cualidades tan necesarias para el desarrollo del ministerio sacerdotal, ayudado siempre por el consejo y dirección de superiores y formadores.

Terminada satisfactoriamente esta etapa, el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Inocencio Rodríguez, nuestro Obispo, le ordena sacerdote el 17 de Junio de 1971.

En Septiembre de ese mismo año le dan su primer nombramiento: párroco de La Ventosa, Villarejo del Espartal y Fuentes Buenas.

Al servicio de estas parroquias él se entrega totalmente, poniendo a disposición de todos sus fieles lo mejor de su juventud. Por su afable sonrisa y sencillez, pronto se gana el afecto y cariño de todos.

Al mismo tiempo que se esfuerza en adecentar lo más posible los lugares de culto, redobra todo su esfuerzo por ir instruyendo a todos, niños y mayores, para una participación más activa en los actos litúrgicos.

Sería largo exponer aquí todo lo realizado en esos largos años que permaneció en estas parroquias.

En el año 1989, Mons. Guerra Campos le da un nuevo nombramiento: Vicario parroquial de El Cristo del Amparo de Cuenca y párroco de Palomera y Molinos de Papel. Este nombramiento le da la oportunidad de, al mismo tiempo que va llevando el mensaje de Cristo por el barrio de Tiradores, realizar la hermosa tarea de la Enseñanza Religiosa, primero en el Colegio "Santa Teresa" y después en el Instituto "Lorenzo Hervás y Panduro" de la ciudad, en el que permanece hasta jubilarse cuando cumple 65 años, contando siempre con el aprecio y cariño de profesores y alumnos.

En el año 1998, Mons. Ramón del Hoyo López, nuestro Obispo entonces, le da un nuevo nombramiento: párroco de Villar de Domingo García, Villalbilla y Valdecañas, donde permanecerá hasta su muerte, si bien, a lo largo de estos muchos años, le irán agregando otras parroquias como La Ventosa, nuevamente, y Culebras; también, al final, en 2020, Noheda.

César se sentía feliz viviendo su fe en la Eucaristía y en la Santísima Virgen, su Virgen de la Subterránea, y, sobre todo, en estas parroquias, viviendo esa "religiosidad popular" que tanto le gustaba, que vivió desde niño y que vivían tan intensamente los pueblos en siglos pasados y de lo que quedan rastros en algunas parroquias de la Alcarria: Hdad. del Santísimo Sacramento, de las Ánimas, del Rosario, de la Vera Cruz, etc.

Él siempre decía orgulloso que se sentía un sacerdote privilegiado porque, aunque tenía unas parroquias pequeñas y pobres en feligreses, eran grandes y ricas en vivencia de fe y en participación en la vida litúrgica.

También tuvo tiempo de participar en los organismos diocesanos en la marcha de la Diócesis, ya que varios años nuestro Obispo, Mons. José María Yanguas, lo ha tenido como uno de sus Vicarios para la Serranía: Arciprestazgos de Villalba de la Sierra, Beteta-Priego y Moya, preocupándose mucho para que sus sacerdotes, como él decía, tuvieran, dentro de lo posible, una mejor distribución en el número de feligreses y, sobre todo, en las distancias y recorridos para así poderlos atender mejor.

Y llegó el 31 de enero de 2021, domingo...; las montañas de Cuenca se ocultaban bajo una intensa niebla, y, cuando César tenía en perspectiva ya cercana la fecha del 17 de Junio en que había de celebrar sus Bodas de Oro Sacerdotales, Dios oculto tras la niebla, como hizo a Moisés, oculto tras la nube, le llama para celebrar "su Gran Domingo".

Ahora ya no tendrá que celebrar esas Bodas de Oro Sacerdotales terrenas y caducas; desde ahora celebrará la alegría inmensa de las Bodas Eternas, acompañando al Cordero Inmolado, Cristo el Señor.

Y César, como siempre, en silencio y sin ruido, casi como de puntillas intentando no molestar, respondió generosamente en aquella madrugada oscura y fría del invierno conquense.

Descansa en paz, César, y pedimos que, al final de tu vida sacerdotal, el Dios Bueno y Padre Misericordioso, te haya acogido en sus brazos amorosos de Padre diciéndote: "empleado bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor". Amén.

José Martínez Arcas

Rvdo. Sr. D. Lorenzo Arellano Toledo.

21/02/2021

D. Lorenzo nace el 10 de agosto de 1926, en Puebla de Almoradiel, que, aunque es de la provincia de Toledo, pertenecía, por aquel entonces, a la Diócesis de Cuenca. Fue fruto del matrimonio cristiano entre Bienvenido y Marciana.

Estudió en el Seminario Conciliar "San Julián" de Cuenca, y fue ordenado el 12 de junio de 1954 en la Catedral de Cuenca por el entonces obispo de la Diócesis, el Excmo. y Rvdo. Sr. D. Inocencio Rodríguez Díez.

El 16 de julio de 1954 fue nombrado cura ecónomo de Boniches y encargado de Campillos Paravientos.

El 7 de julio de 1958 fue nombrado ecónomo de Palomera y encargado de Molinos de Papel y Buenache de la Sierra.

En 1970, dejando Palomera y Molinos de Papel, es nombrado capellán de la Residencia de Ancianos "San José" de Cuenca, de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, y, enseguida, Capellán del Hospital "Virgen de la Luz".

En 1977, dejando la capellanía del Hospital (aunque seguirá atendiendo algunos veranos, para sustituir a los capellanes en sus vacaciones), pero no la capellanía de la Residencia de Ancianos, es nombrado Coadjutor de la parroquia Ntra. Sra. de la Paz de Cuenca, donde realizó, hasta muy avanzada edad, un grandísimo trabajo. Fue muy querido y apreciado por todos los fieles, que lo sentían como un sacerdote realmente bueno y sencillo.

D. Lorenzo fue también el confesor de la Comunidad de MM. Benedictinas de Cuenca durante unos 30 años, hasta el 2012. Desde la Comunidad lo recuerdan como un sacerdote que se mostró siempre disponible y discreto, y que cumplía con fervor este ministerio sacerdotal.

Así fue toda su vida sacerdotal: siendo humilde, afable, sencillo y muy servicial.

En sus últimos años en la Residencia "San José" de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Cuenca, recibió un maravilloso cuidado lleno de sincero cariño y agradecimiento. Falleció allí el 21 de febrero de 2021 y se celebró su Misa Exequial en la parroquia Ntra. Sra. de la Paz de Cuenca.

Dios recompense toda su callada, pero constante y fructífera, entrega en el ministerio sacerdotal. Descanse en Paz, D. Lorenzo.

Rvdo. Sr. D. José Luis Benito Huete.

31/03/2021

Nace en el pueblo conquense de Villalba del Rey, del arciprestazgo de Huete, el 17 de Junio de 1936. Ingresó en el Seminario Menor de Uclés a mediados de los años cincuenta y pasó al Seminario Mayor de Cuenca para completar su formación sacerdotal. Fue ordenado sacerdote por el Obispo Don Inocencio Rodríguez Díaz, el día 8 de Junio de 1963. Su primer destino pastoral fue el de coadjutor parroquial de Mota del Cuervo, cargo que mantuvo hasta el año 1974. En esos años se afanó en promover un apostolado que empezó a arraigar en Mota del Cuervo con su llegada: los Ejercicios

Espirituales. Como fruto de esa labor, la vida cristiana de Mota del Cuervo se caracterizó por los muchos jóvenes moteños que entre los años 65 al 75 estudiaron en Uclés, y varios de ellos fueron sacerdotes. De aquellos años son D. Julián Cobo y D. Venancio Cañego, ya fallecidos, y D. Severiano Jiménez y D. Félix Izquierdo ambos en activo en la diócesis.

En el año 1974 Don José Luis Benito fue nombrado párroco de Sisante, donde se esforzó principalmente por promover el apostolado de Cursillos de Cristiandad que prendió ampliamente en aquella parroquia.

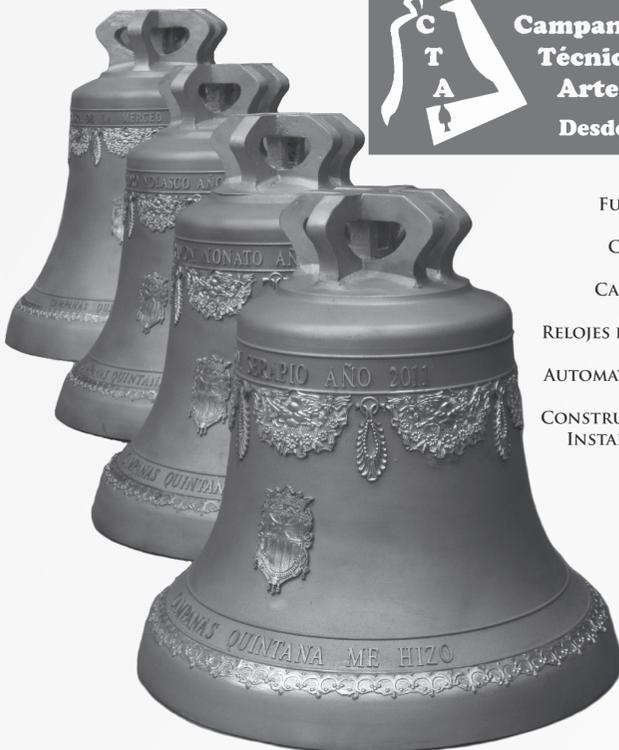
El año 1980 Don José Luis Benito volvió a ser nombrado Vicario parroquial de Mota del Cuervo y profesor de religión en el instituto de enseñanza media de la localidad. En esos años volvieron a coger fuerza las tandas de ejercicios espirituales, y la labor espiritual con jóvenes y mayores. Como fruto de ese trabajo la parroquia de Mota del Cuervo siguió floreciendo espiritualmente con nuevas ordenaciones y consagraciones religiosas. De estos años son los sacerdotes, Don Julián Fernández Chinchilla, Don José Zarco, de la diócesis de Toledo, Don Antonio Fernández, Don José Luis Laguía, Don Javier Luciano Cano, Don Cesar Fernández, Don José Luis Valverde, Don Miguel Ángel Rodríguez, y Don Fernando Fernández. Don José Luis Benito formaba parte desde el año 1981 de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, Asociación de sacerdotes seculares diocesanos que se alimenta de la espiritualidad del Opus Dei.

El 13 de mayo de 1993 fue nombrado párroco de Mota del Cuervo, cargo que desempeñó hasta julio de 2017. En esos años además de continuar con las mismas iniciativas, se caracterizó por promover la construcción de un patronato parroquial que creó y construyó la residencia de ancianos de Nuestra Señora de Manjavacas y la Casa de Espiritualidad que permite realizar, entre otras actividades formativas, los Ejercicios Espirituales.

La jubilación le llegó en 2017 y fue nombrado confesor ordinario del Convento de San José y Santa Ana de las Madres Carmelitas Descalzas de San Clemente, cargo que ha ejercido hasta hace un año. En los últimos años vivió en Mota del Cuervo hasta su fallecimiento, acaecido el día 31 de Marzo de 2021.

Que en paz descanse y Dios le premie sus trabajos apostólicos tan llenos de frutos.

José Luis Laguía Escudero



**Campaneros
Técnicos
Artesanos
Desde 1637**

FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

16  37
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es

Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.

34100 SALDAÑA - Palencia - España

